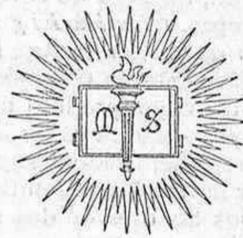


La Ilustración



Artística

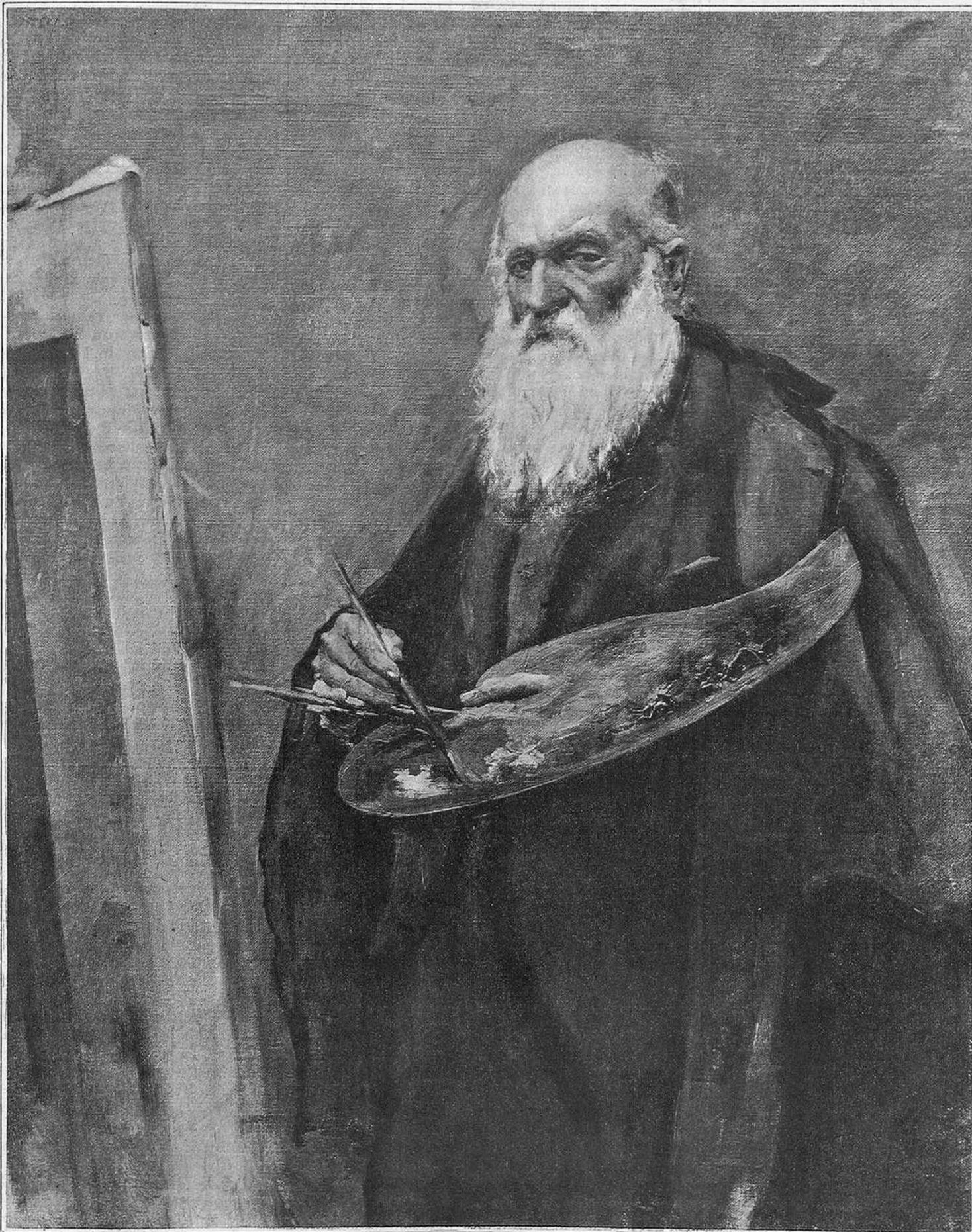


AÑO XXII

← BARCELONA 27 DE JULIO DE 1903 →

NÚM. 1.126

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VIEJO ARTISTA, cuadro de Julio Boequet

SUMARIO

Texto.—Crónica de teatros, por Zeda. — Augusto Schaeffer, notable paisista austriaco, por S. — El Cotorro. Recuerdos de mi tierra, por Pedro González-Blanco. — León XIII, por M. — Nuestros grabados. — Miscelánea. — Sonia, novela ilustrada (continuación). — Transmisión telegráfica de las imágenes, por L. Cailliet. — Nuevo sistema de remos, por D. B. — República Argentina. Buenos Aires. Medallas conmemorativas de las fiestas en honor de los delegados chilenos. — Libros enviados a la Redacción.

Grabados. — Viejo artista, cuadro de Julio Boequet. — Augusto Schaeffer. — Anuncios de primavera. — Mañana de abril en la selva vienesa. — Estío. — Soledad, cuadros de Augusto Schaeffer. — El placer de la dicha ajena, cuadro de J. Hamza. — Roma. La enfermedad del papa, dos grupos de varios dibujos de Amato. — León XIII, retrato pintado por E. Laszlo y grabado por Mancastroppa. — S. S. León XIII, estatua en bronce, obra de Vicente Bañuls. — Figs. 1 a 4. Transmisión telegráfica de las imágenes y esquema del dispositivo Korn. — Nuevo sistema de remos. — Medallas conmemorativas de las fiestas celebradas en honor de la delegación chilena, acuñadas por la casa Bellagamba y Rossi. Buenos Aires. — Dibujo de Gordon Browne para una edición ilustrada de las obras de Shakespeare. — Eco y Narciso, escultura de Ricardo Garbe.

CRÓNICA DE TEATROS

Los Jardines del Buen Retiro, lugar en otro tiempo de fiestas cortesanas, son ahora el mejor, por no decir el único sitio donde la gente madrileña puede encontrar, después de los fatigosos ardores del día, un poco de frescura y grato esparcimiento. Allí, á decir verdad, lo de menos es el espectáculo: lo principal es lo agradable de la temperatura, la facilidad que tienen de verse y hablarse los enamorados, la probabilidad para los aficionados á aventuras de entablar sus galanteos, y el placer de reunirse y conversar que aquello ofrece á su numerosa concurrencia.

Este año, con muy buen acuerdo, se han substituído las operetas á las óperas serias, que constituían en las anteriores temporadas el atractivo artístico de los Jardines. A los trágicos arrebatos de Otelo, á las románticas quejas de Lucía, á los desgarradores acentos de Valentina y Raúl, han sucedido las cancanescas canciones de Barba Azul, los valeses de Las campanas de Carrión y la regocijada partitura de La Poupée. Toda esta música alegre, compuesta sin otro propósito que el de hacer olvidar las penas de la vida, y cuyas notas no encierran más filosofía que la que se desprende de los versos de Anacreonte, el cantor del vino, la filosofía de los dulces besos y de los amores fáciles, es sin duda la manifestación de arte más adecuada al deseo de impresiones agradables, risueñas y si es posible algo picanterías que lleva al público á los Jardines del Retiro.

Una sola excepción ha habido en este género eminentemente cómico y bufo; una pantomima seria que ha llenado de lágrimas los ojos de las personas sensibles y aun de algunos cronistas blandos de corazón. Me refiero á Las aventuras de Pierrot, especie de Historia del hijo pródigo muy melodramática y además muy moral. Pierrot es una excelente persona, de carácter muy débil: quiere á su mujer Luisette más que á las niñas de sus ojos y vive en su tranquilo hogar lo mismo que el pez en el agua. Pero en aquel paraíso hay, como en el otro, una serpiente. Esta serpiente es un galanteador de Luisette, el cual, para vengarse de los desdenes de la virtuosa joven, se propone perder y envilecer á su marido. Pierrot que además de débil, es poco avisado, déjase corromper por su falso amigo, abandona su casa y se va por esos mundos de Dios de zoca en colodra, de borrachera en borrachera y de vicio en vicio. Pierrot, como ya habrá adivinado el lector, pierde su salud y su dinero, y cátafe al pobre hombre miserable y pingajoso, pidiendo limosna de puerta en puerta. Llévale su buena suerte á casa de Luisette, y allí le socorre y consuela un jovenzuelo, que es nada menos que el hijo del propio Pierrot... Al cabo Luisette reconoce á su marido, el hijo se pone loco de alegría por haber encontrado á su papá, y Pierrot, arrepentido de sus pecados y culpas, promete ser un marido ejemplar y un padre modelo. Todo esto, expresado con batimanes, zapatetas y los gestos y ademanes propios de la pantomima, no llegó á convencer á una gran parte del público. En cambio, como digo más arriba, las personas sensibles salieron del teatro de los Jardines del Retiro con el corazón en un puño.

Espectáculo propio también de la presente época del año es el que se inauguró á últimos de junio en el teatrillo veraniego de Eldorado. Representanse allí obras del género chico, cuyo atractivo principal, ó mejor dicho, único, es la ligereza de ropa con que se exhiben las tiples y señoritas del coro ante el no sé si llamar respetable público.

La sola novedad de que hasta ahora han hablado las crónicas es una disparatada revista, letra de los Sres. Perrín y Palacios y música del maestro Jiménez, titulada *El general*. El estreno de esta obrilla, falta de originalidad y sobrada de chistes y equívocos de mal gusto, fué un desastre. El público, aunque, como es sabido, no peca de severo con cierto género de mojigangas, tributó á *El general* una *bastonada* que debió de oírse á cuatro kilómetros de distancia. Particularmente un tango de la misma especie que el del Morrongo, produjo un «alboroto.» Esto no obstante y á pesar de haber ido en aumento el *pateo* en las representaciones sucesivas, la empresa, lejos de dar la licencia absoluta á *El general*, le ha concedido los honores de dos representaciones cada noche... Por esto decía yo más arriba que no sabía si llamar respetable á un público tan poco respetado.

A favorecer á *El general* ha contribuído no poco, con la mejor intención del mundo, la *gubernadora* (no siempre han de ser alcaldadas los errores de las autoridades) del Sr. Sánchez Guerra. El gobernador de Madrid creyó sin duda que algunos chistes del libro y ciertos meneos y ademanes de las artistas no eran todo lo correctos y pudorosos que exige la estricta moral, y determinó obligar á la empresa á que los atenuase y suprimiese, con lo cual sólo ha conseguido despertar la curiosidad malsana del público.

Sinceramente creo que ciertas prohibiciones son causa de apetitos. Sin la inoportuna intervención del gobernador de Madrid, *El general* hubiera acabado por desaparecer, vencido al fin por las reiteradas protestas del público.

Por otra parte, no es justo que mientras se han dejado pasar, sin el menor obstáculo, las enormidades que nos sirven las compañías extranjeras y con las cuales se chupan los dedos de gusto las personas más distinguidas de esta villa y corte, y cuando actualmente se representan en los Jardines del Buen Retiro operetas capaces de ruborizar á un guardacantón, se persiga á empresas españolas que no hacen más que seguir un ejemplo tolerado por las autoridades y aplaudido por el público.

El teatro de Apolo ha tenido durante estos últimos días el santo de espalda. Allí se sale á grita por estreno. Tres se han verificado en aquel favorecido teatro desde mi última crónica, y los tres han terminado entre los silbidos y bastoneo de los espectadores. Mas en Apolo, como en el Eldorado y de algún tiempo á esta parte en todos los teatros de Madrid, no rige la voluntad del pueblo soberano: se estrena una obra, el público la silba; vuelve á representarse, vuelve á ser silbada; pero á la larga los espectadores se cansan y la obra sigue en el cartel y llega hasta el número ciento.

Camino de este número va *El pelotón de los torpes*, original de los Sres. Alvarez y Mas y música del maestro Serrano. El público gritó la letra y los riveteros la pusieron de oro y azul. A pesar de esto, ahí está ocupando el puesto de «la última de Apolo,» sostenida, á decir verdad, no sólo por la tenacidad de la empresa, sino por el mérito de la música del maestro Serrano.

Lánguida vida sigue arrastrando el teatro Lírico, cuya compañía es de lo más flojo que campea por los teatros de Madrid. Cuando se entra en aquel enorme teatro no se puede menos de exclamar como el personaje de *Consuelo*: «¡Qué espantosa soledad!»

No ofrece aquello muchos atractivos para atraer y cautivar al público. Las obras de repertorio que allí se ponen en escena están ya gastadas y además se representan mucho peor de lo que el público madrileño las ha visto representar.

Aunque muy superior á las zarzuelas estrenadas en los otros teatros, *Copito de nieve* solamente á duras penas y, como suele decirse, á trancas y barrancas pudo llegar al puerto. *Copito de nieve* es el nombre que dan en un pueblo de la montaña á cierta moza gentil como un pino y blanca como la nieve de la sierra. Quiere esta moza á un bravo mocetón, cazador de osos por más señas, y él paga á la muchacha con la misma moneda. Pero es el caso que hay en el pueblo un rico hacendado, padre de una hermosa joven, que bebe los vientos por Copito de nieve. Este rico hacendado pide al padre de la garrida moza la blanca mano de su hija; pero como ella está loquita por su cazador, rechaza la oferta del ricachón. Quiere éste lograr por fuerza lo que no pudo alcanzar de grado, y para ello, aprovechando una ocasión en que Copito de nieve está sola en su casa, entra en ella con las intenciones que puede suponer el discreto lector. Pero no ha contado con la huéspeda el maduro libertino. El cazador de osos, que se ha tragado la partida, en tanto que á su no-

via se le tiende el lazo que queda dicho, él entra en la casa del rico hacendado á fin de desquitarse, á costa de la hija de su rival, del agravio que se ha tratado de inferir á Copito de nieve.

Por fortuna las cosas no pasan á mayores, y todo se arregla después de una violenta escena, con sus puntas y ribetes socialistas, entre el «injusto forzador» y el cazador de osos.

Al final el público estuvo á punto de «derretir» el *Copito de nieve*, cuyos autores resultaron ser los Sres. López Marín del libro y Calleja y Lleó de la música.

A juzgar por lo que escriben los periódicos de Buenos Aires y Montevideo, las compañías de Rosario Pino y Carmen Cobeña son allí objeto de delirantes ovaciones. Rosario Pino ha dado, ó mejor dicho, está dando á conocer en la capital de la Argentina todas las obras de su repertorio, entre las que figuran, en primera línea, las de Benavente y las de los hermanos Alvarez Quintero.

Por su parte, Carmen Cobeña, primero en Buenos Aires y en Montevideo actualmente, ha mostrado, además de varias de las joyas de mayor precio de nuestro clásico teatro, otras de nuestro moderno repertorio, intercaladas con las más famosas del teatro extranjero contemporáneo.

Ningún nudo tan fuerte como el que ata, para enlazar á unos pueblos con otros, la literatura, y muy especialmente la literatura dramática. Así como del libro se ha dicho que es letra muerta, del teatro puede decirse, con más razón que de la oratoria, que es letra viva, más que letra viva, la vida misma. Los afectos, las pasiones, las costumbres, las tendencias heredadas, la tradición, la historia, cuanto constituye el carácter de la raza, todo adquiere cuerpo y cobra vigor en la escena, el medio de expresión más sugestivo de cuantos posee el arte. En pueblos como todos los que constituyen la América del Sur, cuya lengua es nuestra lengua, cuya sangre es nuestra sangre y cuyas glorias y quebrantos, hasta ayer, ó sea hasta principios del siglo XIX, son también nuestros quebrantos y glorias, los versos de Lope y Calderón han de despertar las mismas ideas y sentimientos que evocan en nosotros, los hijos de la vieja España; y la inspiración de Hartzbusch y Ayala y el ingenio de Galdós, de Benavente y los Quintero, han de encontrar en aquellas playas remotas eco semejante al que entre nosotros encuentran los versos de Heredia, de Caro ó de Miró.

También ha realizado una brillante campaña en México y en Cuba la compañía que dirige Juan Balaguer y de la cual formaban parte artistas tan excelentes como Nieves Suárez y Larra. No hace muchos días llegó á Madrid el director de esa compañía y poco después fué nombrado director artístico de la Comedia, nombramiento que ha sido recibido con entusiasta aplauso por cuantos saben apreciar la labor artística de aquel gran actor.

En efecto, Juan Balaguer no tiene rival en el género cómico. Al lado del inolvidable Mario adquirió aquella rectitud artística, aquel disciplinado buen gusto que no transige jamás con las chocarrerías y payasadas de que tanto suelen abusar, por conquistar las palmadas de una parte del público, los más celebrados actores cómicos. Los mismos Coquellín, que en París son considerados como el *non plus ultra* de la vis cómica, suelen incurrir en chocarrerías más propias de la arena de los circos que de las tablas del teatro.

Balaguer no es de esos. Aspira á retratar la naturaleza humana, á mostrar el lado cómico de los hombres, sus ridiculeces, sus extravagancias, pero siempre sin traspasar esa línea que separa la belleza cómica de lo bufo. El público de la Comedia no le ha olvidado, y espera, seguro estoy de ello, la ocasión de aplaudirle en el mismo teatro en que el notabilísimo actor alcanzó sus más brillantes triunfos.

Y véase cómo á pesar de las lamentaciones de nuestros Jeremías, que no ven ó no quieren ver en España más que decadencia y ruina en todos los órdenes de la actividad, adquieren ó han adquirido fuera de su país ovaciones ruidosas, plácemes unánimes y no poco provecho actrices como Carmen Cobeña, Rosario Pino y Nieves Suárez, que después de María Tubau y María Guerrero han visitado las ciudades de América, y actores como Juan Balaguer y Mariano de Larra que representando en aquellos lejanos países obras españolas han demostrado que nuestro teatro puede competir con los del extranjero.

Por desgracia, nosotros no sabemos manejar el bombo como lo manejan nuestros vecinos los franceses. Aquí el mayor enemigo con que tropieza todo lo que en España sobresale, es España misma.

AUGUSTO SCHAEFFER, NOTABLE PAISISTA AUSTRIACO

Nació este célebre pintor austriaco en Viena en 30 de abril de 1833, y aunque su padre quiso en un principio que fuera médico, como él, no tardó en renunciar á esta idea,



AUGUSTO SCHAEFFER

dejandoquesuhijose dedicara al arte para el cual sentía afición decidida. Después de cursados los primeros estudios en la Academia de aquella capital, entró en 1854 en el taller del paisista Steinfeld, del que salió á los dos años porque su espíritu soñador no se avenía con el tradicionalismo de su maestro.

Admirador del poeta Lessing, encantado por las descripciones de la naturaleza que las composiciones de éste contienen, se propuso consagrarse al paisaje, y á fin de educar su vista en la contemplación de los más variados espectáculos naturales, emprendió varios viajes de estudio por los más diversos países, desde el luminoso Mediodía hasta el brumoso Norte. A su regreso expuso algunos cuadros, obteniendo una medalla de plata.

A pesar de que el arte atravesaba entonces una profunda crisis, Schaeffer logró imponerse, y sus cuadros, todos ellos reproducciones de paisajes de Hungría, de la Alta Baviera, del Tirol, hallaron fácil salida en el mercado.

Emprendió luego otros viajes al Rhin y al Tauno, y á su regreso se estableció en Salzburgo, en donde permaneció muchos años.

Volvió luego á Viena y tomó parte activísima en la fundación de la «Casa de Artistas,» de la que fué nombrado presidente en 1880. Desde entonces ha figurado entre los primeros pintores vieneses.

A principios de 1881, después de haber desempeñado durante un decenio importantes cargos en la Academia de Viena, fué nombrado conservador y vicedirector de la Galería imperial del Belvedere, y á la muerte de Engerth pasó á ocupar el puesto de director que éste desempeñaba, inaugurando sus funciones como tal con la difícil tarea de instalar el museo del Belvedere en el Palacio de Hasenau,

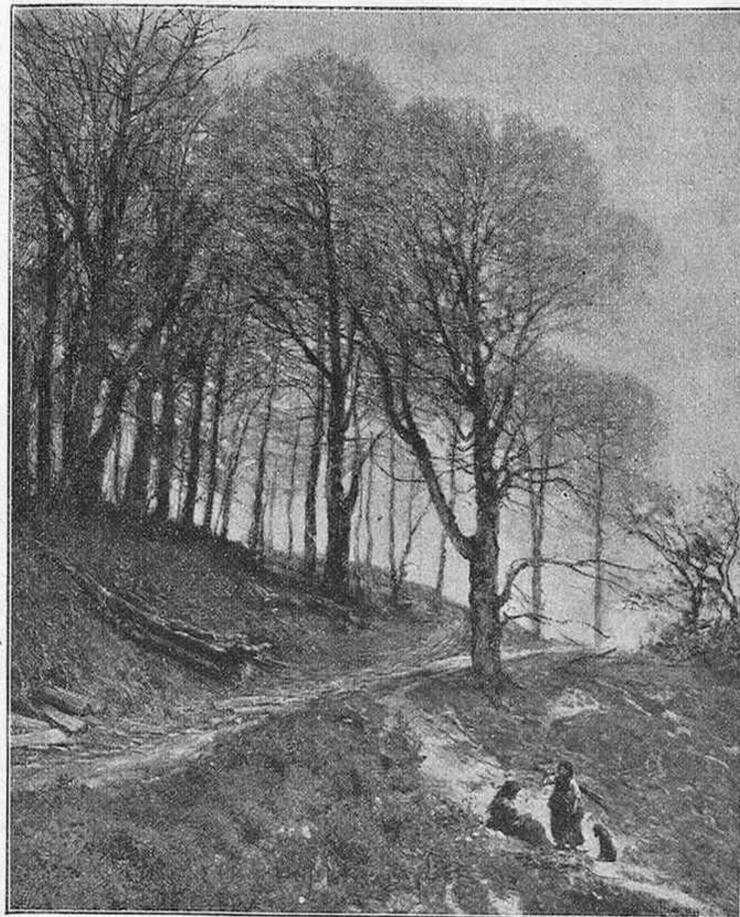
adonde había sido trasladado. Y con tanto acierto cumplió este cometido, enmendando los yerros de su antecesor en punto á la clasificación y colocación de las obras, que los críticos austriacos dijeron que la fecha de mayo de 1894, es decir, la de la terminación de aquellos trabajos, iniciaba un nuevo capítulo en la historia de los museos imperiales. En efecto, puede decirse que sólo desde aquel día pudo admirarse en toda su grandeza el incomparable tesoro artístico que el Belvedere encerraba.

En medio de estos trabajos que tanto ocuparon su actividad, Schaeffer produjo varias obras que despertaron general entusiasmo. La mayoría de ellas están inspiradas en la selva vienesa, cuyos encantos ningún pintor ha sabido reproducir como él, á quien con razón se llama el pintor poeta del alma de la selva, porque no se limita á copiar las frondosidades del bosque, los grupos de añosos árboles, los límpidos lagos, la maleza, los escabrosos senderos, sino que al juntar todos estos elementos en una composición les infunde esa vida, ese sentimiento, por decirlo así, que animan la naturaleza. Sus paisajes de primavera respiran esa frescura, esa serenidad que caracterizan á esta época del año, todo en ellos parece que se sonríe; sus paisajes otoñales están impregnados de melancolía, que se desprende, no sólo de los follajes amarillentos y de los cielos grises, sino principalmente del ambiente general del cuadro.

Con motivo del septuagésimo aniversario del natalicio de Schaeffer, un célebre crítico austriaco escribió un interesante artículo á él dedicado, del cual tomamos el siguiente párrafo, que nos da á conocer perfectamente el modo de ser del artista.

«Dejando aparte á Rodolfo de Alt, apenas hay actualmente en Viena otro pintor que, como Schaeffer, educado en el arte tradicional, haya aceptado con tanto entusiasmo y tanto convencimiento la parte sana de las modernas tendencias. Los extraordinarios progresos que en el arte del paisaje se han realizado durante

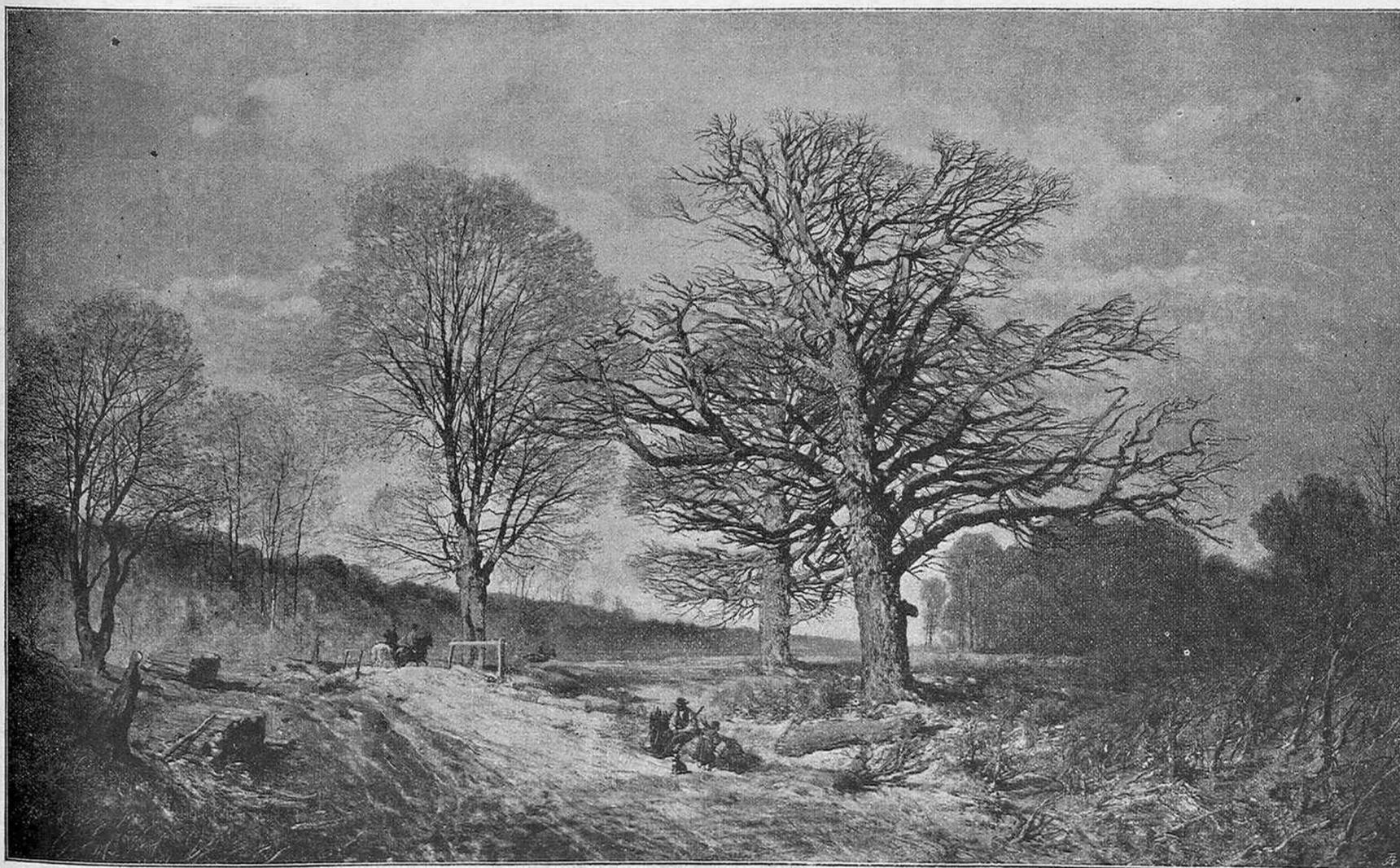
los últimos años, han encontrado en él calurosa acogida, porque puede decirse que los predecía instintivamente. Augusto Schaeffer ha confirmado en nosotros la creencia en la madurez de la creación artística en los últimos años de un hombre de talento que nos consuela del espectáculo ofrecido por una parte presuntuosa y ligera de la juventud. En suma, el famoso paisista vienes es un septuagenario



Anuncios de primavera, cuadro de Augusto Schaeffer

con el corazón, la mano y los ojos de un hombre de treinta años.»

La mejor prueba de la bondad de las obras de Schaeffer está en los cuadros que reproducimos. — S.



Mañana de abril en la selva vienesa, cuadro de Augusto Schaeffer

EL COTORRO

RECUERDOS DE MI TIERRA

¡Pobre Cotorro!.. Se ha muerto...

— Mañana, el carpintero vendrá á tomarte la medida para el ataúd; después te llevará el cura, responseando, por la larga carretera enlodada hacia el rincón amarillento que te aguarda entre los cipreses... Y nuestro viejo enterrador, el abuelo Gabriel, te echará al fondo; después todos arrojarán sobre ti un puñado de tierra y volverán á sus casas. ¡Pobre Cotorro!.. ¡Qué estúpida y fea es la muertel.. ¡Cómo se deja esperar y olvidar, para venir súbita, cobarde, traídoramente!..

La estación del ferrocarril, en donde los viajeros toman la diligencia para Carreño, está pintada de color rosa. Cuando los trenes se detienen en ella. óyese en el silencio de los campos la voz ruda del mozo de estación que anuncia el nombre de esta querida aldea, en donde á las ocho de la tarde, los cantos estridentes de los grillos se confunden con las tonadas montañosas. El otro día bajé yo allí. El jefe, de pie con el silbato entre los labios, me sonrió afectuosamente... Es un antiguo conocido.

— Buenos días, Sr. Martínez.

— Muy buenos los tenga.

Después hablamos largamente. Me entera de todos los matrimonios, de todos los bautizos, de todas las muertes que hubo durante el año, porque ya sabe bien que mi visita en el verano es segura.

— ¿Y el Cotorro?

— El Cotorro y su mujer siempre iguales.

— No es posible.

El jefe acababa de darme un alegrón. Durante el viaje, había sentido la inquietud de que hubiese muerto el Cotorro... En Madrid se olvidan muchas cosas y muchas personas. Pero yo no había olvidado al Cotorro, porque el Cotorro es un buen viejo que me ha enseñado á jugar al billar en las mesas del café de La Marina, donde una hora después encontraba yo á mi antiguo amigo, solo, bebiendo su copa de ginebra con la misma fruición de siempre.

Me abrazó, recordándome que en otro tiempo saltaba yo sobre sus rodillas.

— ¿Y su mujer?

— Siempre igual... Riñendo... Tú ya la conoces... Hoy vendrás á comer conmigo, ¿verdad?

Marchamos en silencio, gozando secretamente de una vaga felicidad.

¡Pobre Cotorro! ¡Qué viejo era! ¡Pero qué viejo!.. Una barba blanca, enmarañada; unos ojos sanguinolentos, y la cabeza, calva y reluciente... ¡Ah! La calva fué el origen de su celebridad, de su fortuna, y por ella debía también morir. Si el Cotorro deja hoy un verdadero renombre en el concejo y catorce mil pesos en el banco de Llanada, sin contar con su posesión de Villalegre, lo debe á su magnífico cráneo, aquel cráneo pelado como los guijarros de un arroyo.

¡Pobre Cotorro! Era un hombre honrado que sin la calva no hubiera ido á ninguna parte, porque la honradez no exime de la vulgaridad.

Si queréis saber su historia, escuchadme un momento.

El Cotorro, la verdad es que se llamaba Granda,

biera salvado el crédito del establecimiento, no os digo dónde estarían á estas horas los ahorros que la tía Marica la Parrocha guardaba en la cómoda, entre los devocionarios y la mantelería de los días festivos.

Un día, este cráneo se expuso á la admiración de todos, y vino un estudiante gracioso que llamó á otro también gracioso, y bien pronto todos los que por aquella época se las echaban de graciosos, hablando alto y bebiendo seco, comenzaron á escupir su infeliz malignidad ante el maravilloso cráneo del Cotorro. Y sería difícil contar las generaciones que han pasado por el café de La Marina, derrochando jovialidad, á costa de semejante cráneo, sin que el Cotorro se incomodase jamás por ello. El hecho es que La Marina marchaba de frente, que los domingos tenían que bajar mesas del desván y que la tía Marica la Parrocha se atrevió á traer un lunes de *la villa* todos los aparatos necesarios para hacer helados.

Si alguna vez pasáis por Carreño, id á La Marina, tomaréis una cerveza tan detestable como en otros cafés,

pero muy bien servida, en aquellos hermosos vasos del tiempo del Cotorro, á quien ya no podréis ver. Yo no iré más porque me daría mucha pena.

Hace seis años que el Cotorro se había retirado de los negocios. ¡Era tan viejo! Quería dejarse morir tranquilamente, ó más bien, dejarse vivir, pues acabó por no creer en la muerte. Renunció á ser concejal cuando se lo propusieron. La popularidad de su calvicie, emblema y garantía de su prudencia, le había llevado hasta allí y le llevara hasta la alcaldía, si el Cotorro hubiese tenido más ambición... y más ortografía.

De dueño se convirtió en parroquiano asiduo del café de La Marina. Siempre estaba sentado ante una mesa, bebiendo la ginebra de costumbre. A veces, el médico le decía:

— Te estás envenenando con el alcohol, y uno de estos días tendré que hacer tu certificado de defunción. Ten cuidado...

La tía Marica nos recibió de un modo literalmente insoportable, agitando sin cesar sus brazos rugosos, horribles, larguiruchos. ¿Creéis que se fijó en mí siquiera? Pues no, señor, se contentó con reñir á su marido, gritándole durante la comida:

— ¡Mirar cómo se atraca! ¡A su edad!.. Anda, hártate de salsa hasta las orejas: y si coges una indigestión, ¡ven á quejarte! Mire usted, señor, si se hubiera de hacer caso á este viejo chocho había que estar todo el día preparándole tisanas y coccimientos.

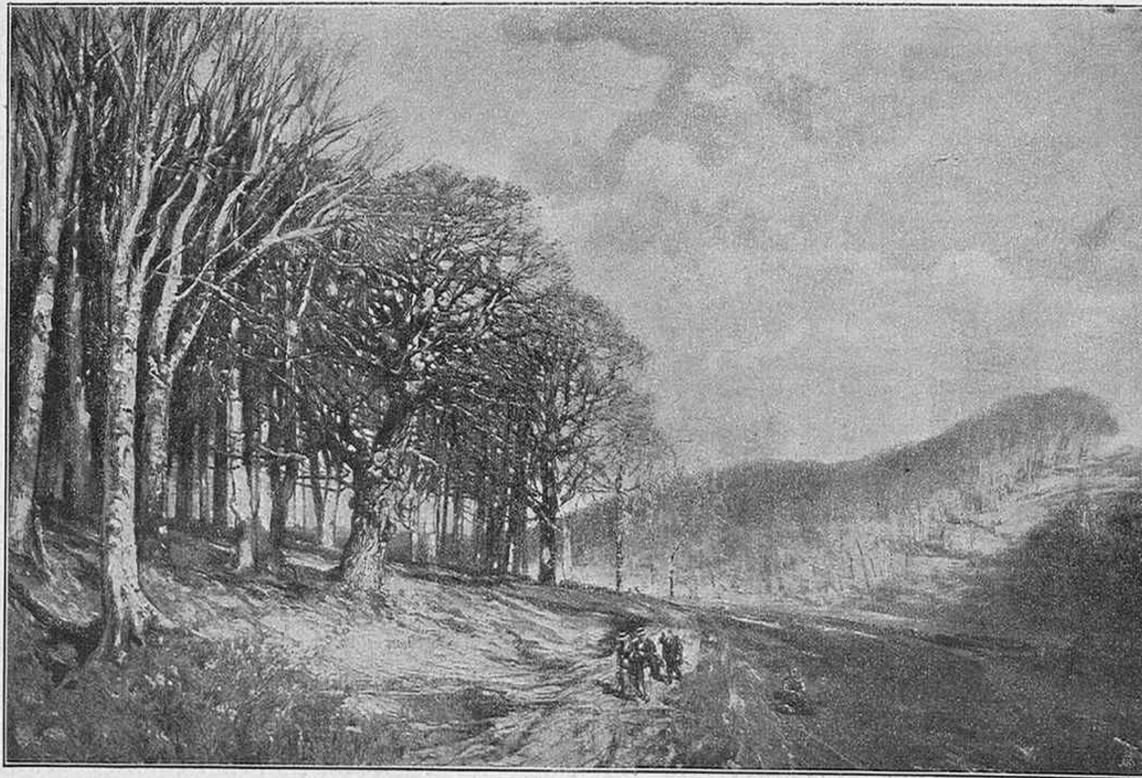
La tía Marica decía todas estas cosas con un timbre de voz que me dañaba los pulmones, y lo que me asombraba más eran las miradas de inefable dulzura que tenía para el cráneo de su marido y aquellos ojos grises empañados por las lágrimas que no caían.

Ella misma le servía, dándole las mejores tajadas y llenándole los vasos de vino. De pronto se encaró conmigo:



Estío, cuadro de Augusto Schaeffer

pero ¡quién diablo conoce en Carreño á Granda y quién no conoce al Cotorro!.. Pues bien: el Cotorro fué carretero hace mucho tiempo, muchísimo tiempo... Después se casó con tía Marica la Parrocha, que le hizo dejar su carro y sus bueyes. Era el tiempo en que se comenzaban á establecer *chigres*, para envenenar á los robustos marineros y á los campesinos que venían al mercado, con vino, con aguardiente y con política. La mujer del Cotorro soñaba con entronizarse tras un mostrador, y entonces abrieron las puertas del café de La Marina, pero no del café de La Marina que ustedes frecuentan hoy, ¡oh amados coterráneos!, sino de un mal chigre donde



Soledad, cuadro de Augusto Schaeffer

apestaban la ropa de los marineros y el petróleo de las lámparas, y de cuya puerta colgaban una rama de laurel y una banderucha descolorida y sucia. La verdad es que aquello al principio no fué muy bien, y aprovecho la ocasión para protestar contra los que creen en la facilidad con que el vicio se arraiga. Y si entonces el cráneo del Cotorro no hu-

había los pulmones, y lo que me asombraba más eran las miradas de inefable dulzura que tenía para el cráneo de su marido y aquellos ojos grises empañados por las lágrimas que no caían.

Ella misma le servía, dándole las mejores tajadas y llenándole los vasos de vino. De pronto se encaró conmigo:



EL PLACER DE LA DICHA AJENA, cuadro de J. Hamza

(de fotografía de Víctor Angerer, Viena)

- Diga, señor, ¿no es verdad que está ya bien cambiado? Amigo, á cada cual le llega su vez. Todas las mañanas, al despertar, pienso: puede que muriera esta noche.

El Cotorro le interrumpía de cuando en cuando filosóficamente:

- Calamidad, trae para acá ese pan. Saca el dulce para que lo probemos. Prueba el dulce, hijo.

- ¿Cuándo será el día que dejes de gruñir: calamidad por aquí, calamidad por allá?... No tengas miedo, que maldito si lo sentiré. Tengo de ir para Villalegre, con el gato y los canarios...

Estábamos comiendo el queso. El Cotorro movía la cabeza sonriendo.

- ¿Vamos á dar una vuelta?, dije yo.

- Como quieras, pero espera el café.

Lo tomamos de prisa. Estaba exquisito. La tía Marica cepilló á su marido y entró en su habitación á llenar la petaca de tabaco picado para la pipa. Y cuando estuvimos ya en la calle, voceó desde la ventana:

- Haced lo que queráis de ese viejo chocho. Matadlo. Me es igual.

Al volver la esquina, la vi, ¡oh, esto es increíble!, enviarle besos con un gesto furioso.

Marchábamos lentamente. Él me iba hablando de cosas pasadas, de cosas de mi infancia que si os las contase os parecerían muy poco interesantes. Todas sus narraciones comenzaban: *hace treinta años...* Y seres queridos se levantaban de la tumba, hablando, riendo y llorando. ¡Oh, cómo penetra en el corazón la palabra de los viejos! ¡Qué comienzo delicioso y melancólico de la vida! Por esto amaba yo tanto al Cotorro, por sus viejas historias y por su barba toda blanca.

La brisa cantaba los salmos de la tarde entre las hojas de los árboles que bordeaban la carretera. En los prados cercanos mugían los bueyes poderosamente, y á lo lejos el mar se lamentaba entre las rocas.

Volvimos hacia el pueblo. El viejo seguía contando historias familiares; pero al pasar por frente al café, me empujó insensiblemente hacia la puerta.

- Os aseguro que no tengo sed.

- Cállate, hombre...

La Marina estaba lleno. El humo de las pipas ahogaba, y en el mármol de las mesas las fichas de dominó hacían un estruendo horrible.

- ¡Viva el Cotorro!, gritan algunos mozalbetes que jugaban al billar.

Y Cifuentes, uno de los graciosos del pueblo, acarició paternalmente el cráneo del pobre hombre, que sonreía satisfecho. Se sentó tranquilamente delante de la mesa acostumbrada. Acaballó los lentes sobre la nariz y encendió la pipa, repleta de tabaco.

- Un dominó, hijo.

- Os juro que no sé coger una ficha.

- Ya... ya...

De repente me miró con sus ojos redondos.

- Entonces eres un burro...

Debí perder en aquel momento toda su estimación. Él estaba aburrido. Yo también por no poder darle gusto. Felizmente, llegó D. Atanasio, el secretario, que era el que jugaba con él la partida acostumbrada. Jugando, pasaron una hora, sin levantar los ojos del mármol. Enfrente, Cifuentes contaba á

unos cuantos jóvenes la historia de una liebre que había matado.

- Oí, decía entusiasmado, aullar á mi perro, y ¡puf!, como una flecha, viene hacia mí la liebre. Era ya mía...

Y sin duda, para dar mejor la sensación de este momento grandioso, apuntó con la escopeta. Instintivamente, me agaché. No pude darme cuenta de ello... Fué cosa de un momento... Cuando levanté la cabeza, vi ensangrentado sobre la mesa el cráneo del Cotorro. Hubo un momento de confusión indescriptible. Cifuentes balbuceaba, pálido:

con su gato y con sus canarios. Y Fontecha, el médico, que pasa por ser un buen psicólogo y que conoce bien á la familia de la tía Marica, afirma que ha muerto de pena y de amor; sí, señores, de pena y de amor, ni más ni menos.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

LEÓN XIII

Los temores que se abrigaron cuando se tuvo noticia de la enfermedad del papa se han confirmado por desgracia. Después de una agonía tranquila, en la que poco á poco se iban debilitando las fuerzas físicas de aquel cuerpo vencido por el peso de los años y apagándose aquella privilegiada inteligencia que fué asombro del mundo entero, ha fallecido á las cuatro de la tarde del día 20 de este mes el gran pontífice León XIII, una de las figuras más eminentes, no sólo de la Iglesia, sino de la humanidad del siglo XIX.

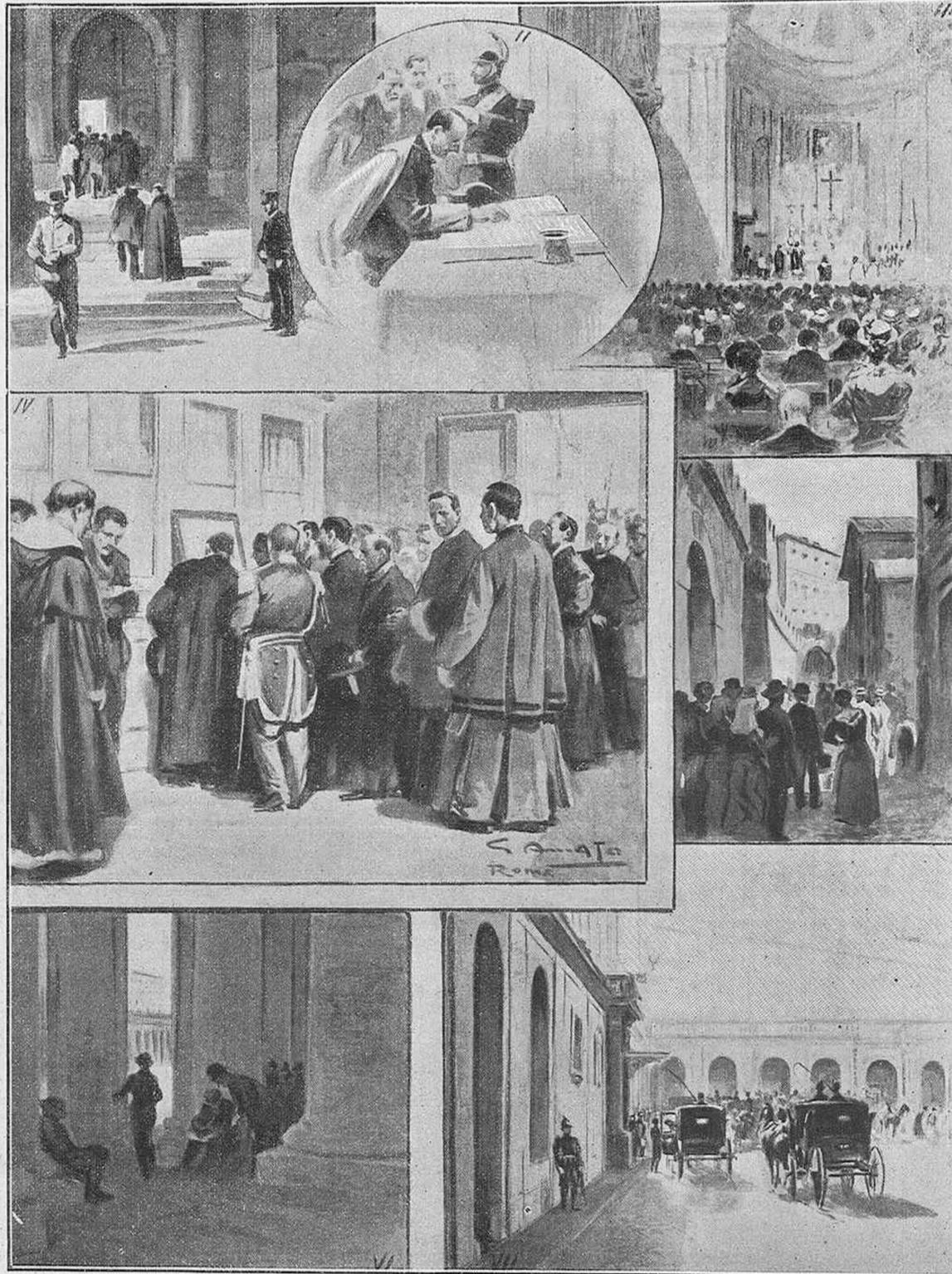
Joaquín Vicente Pecci nació en 2 de marzo de 1810 en Carpinetto, pequeña aldea de la diócesis de Agnani, y á los ocho años ingresó en el colegio de los jesuitas de Viterbo; en 1824, al morir su madre, trasladóse á Roma y continuó su educación en el Colegio Romano, sostenido también por jesuitas, comenzando poco después los estudios de Teología y mereciendo, no obstante su juvenil edad, que se le confiara el cargo de repetidor en el Colegio Germánico. En 1831 ganó el grado de Doctor en Teología, siguió los cursos de Derecho en la Universidad de Roma hasta recibir el grado de Doctor *in utroque jure* y fué ordenado de sacerdote en 23 de diciembre de 1837.

En calidad de protonotario apostólico marchó á las provincias de Benevento, Espoleto y Perusa, y en 27 de enero de 1843 fué preconizado arzobispo de Damietta *in partibus* y nombrado nuncio en Bruselas, cargo que desempeñó durante tres años y al cesar en el cual recibió el gran cordón de la Orden de Leopoldo. En 21 de julio de 1846 tomó posesión del arzobispado de Perusa, ocupando esta silla metropolitana hasta el día de su elevación al

pontificado, ó sea durante treinta y dos años.

Fué cardenal del orden de presbíteros desde 19 de diciembre de 1850, y en su administración, á la vez civil y eclesiástica, alcanzó gran popularidad por su conducta hábil y firme, pues estirpó el bandolerismo en la provincia que le estaba confiada y hubo tiempo en que se hallaron vacías todas las prisiones de su jurisdicción.

Elegido camarleno de la Iglesia romana en 21 de septiembre de 1877, preparó, cumpliendo los deberes de este cargo, el conclave de febrero de 1878 para nombrar al sucesor de Pío IX. En los dos primeros escrutinios de esta elección, ninguno de los candidatos obtuvo las dos terceras partes de los votos emitidos, los cuales se dividieron principalmente entre los cardenales Pecci y Franchi; cuando iba á procederse al tercero, el cardenal Franchi se adelantó hacia el camarleno Pecci y se arrodilló á sus pies, y habiendo seguido su ejemplo los demás purpurados, quedó aquél elegido papa por adora-



ROMA. - LA ENFERMEDAD DEL PAPA. - I. El público en la puerta de bronce. - II. El público firmando el álbum. - III. Plegarias en las iglesias de Roma. - IV. El público leyendo el boletín de los médicos. - V. El pueblo romano esperando noticias en la calle de Borgo Sant Angelo. - VI. Los periodistas en la plaza del Vaticano. - Carruajes de los cardenales y de la nobleza romana en el patio de San Dámaso del Vaticano. (Dibujos de Amato.)

- Lo he hecho sin querer... Ha salido el tiro sin saber cómo...

Levantamos la cabeza del Cotorro, y el médico, sin vacilar, dijo:

- Está muerto.

Salí del café. Era necesario prevenir á la tía Marica. La encontré en la puerta, preguntando á las vecinas dónde sonara el tiro. Yo murmuré ante ella palabras incoherentes. Me comprendió en seguida.

- ¡Lo han matado!, gritó.

Acometióla un síncope, y sin sentido ya, murmuraba constantemente:

- Está bien hecho...

Y luego ante el cadáver:

- Viejo chocho, sí, chocho que vas á emborracharte y luego vienes con esa cabeza de carnero descalabrado... ¡Viejo chocho!...

Un mes después murió la tía Marica la Parrocha, sin haber tenido tiempo de instalarse en Villalegre

ción. El 13 de marzo, el cardenal Martel ciñó la frente de León XIII con la tiara pontificia.

El nuevo pontífice siguió desde un principio una política totalmente distinta de la que había prevalecido en el Vaticano durante Pío IX. Conocedor de las necesidades de su tiempo y empapado en el espíritu de su época, mostró en todo una tolerancia perfectamente compatible con los principios inmutables de la religión católica, y sin ceder un ápice en la reivindicación de los derechos de la Santa Sede ni en las doctrinas que informan la Iglesia universal, mantuvo con todas las potestades de la tierra cordiales relaciones que le permitieron ejercer más amplia y libremente su acción espiritual sobre todos los pueblos, é intervenir con autoridad indiscutible y respetada aun por los heterodoxos en los graves conflictos y trascendentales problemas que han agitado á la sociedad en nuestros días.

Dedicó principalmente su atención á la cuestión social, que supo plantear con maravillosa profundidad de pensamiento en sus múltiples y hermosísimas encíclicas, presentando admirables soluciones, basadas todas en el más puro altruismo, en el verdadero espíritu cristiano. Sus llamamientos á los poderes del Estado, á los patronos y á los obreros, son los llamamientos de un padre universal todo amor, todo caridad, pero también todo justicia, que desea que por el amor se resuelvan todas las luchas sociales, que por amor hagan los poderosos partícipes de sus bienes á los pobres; en una palabra, que la fraternidad extinga los odios y que el verdadero socialismo cristiano substituya por medios pacíficos al socialismo revolucionario de los unos y al egoísmo suicida de los otros.

En otro orden de ideas fué también inmensa la actividad de León XIII, á saber, en cuanto se refiere á organización de estudios eclesiásticos, devociones, disciplina y sacramentos; á él se deben el gran renacimiento de las doctrinas de Santo Tomás de Aquino en las escuelas católicas, el impulso dado á la devoción del Rosario, la restauración de importantes órdenes religiosas y la fundación de innumerables asociaciones piadosas.

Su laboriosidad fué realmente asombrosa, tan asombrosa como su inteligencia: de una y otra ha dado elocuentes pruebas hasta los últimos días de su vida, sin que el peso de su edad avanzadísima fuera bastante á menguar sus energías físicas ni á obscurecer los vivos destellos de su talento privilegiado. «En el Vaticano no se duerme,» decía en Roma desde que León XIII ocupó la silla de San Pedro; y esta frase, que llegó á tener el carácter de proverbial, expresa mejor que toda otra consideración lo que ha sido el pontificado de Joaquín Pecci.

Y sin embargo del ímprobo trabajo que le imponía el gobierno de la Iglesia en época de tanta perturbación como la presente, hallaba tiempo, robándolo al natural descanso, para deleitarse con la poesía y las bellas artes. Los grandes poetas clásicos de la antigüedad griega y latina le cautivaban, Horacio sobre todo. Cuéntase que pocos días antes de morir, aprovechando un momento en que su fiel doméstico Centra salió de la habitación, levantóse del lecho y fué á abrir una pequeña librería en donde guardaba sus libros predilectos.

— ¡Qué imprudencia, Santísimo Padre! ¿Queréis mataros?, exclamó el servidor cuando entró de nuevo en la estancia.

— No me riñas, mi leal Centra, respondió el papa entre confuso y sonriente...; quería releer un poquito *mi* Horacio.

Mas no era solamente un literato aficionado, sino que también cultivaba la poesía y componía hermosísimos versos en latín, sonoros, elegantísimos, de un clasicismo irreprochable. Sus encíclicas, sus cartas apostólicas y algunas obras de teología y literatura son al par que obras del ilustre pensador y gobernante, labores de consumado estilista.

sus apóstoles caminando sobre las aguas del mar de Galilea: «*Nolite timere; ego sum.*» «No temáis; soy yo.»

En cierta ocasión había de recibir á una peregrinación extranjera; padecía entonces una fuerte bronquitis y el doctor Lapponi le recetó unas pastillas recomendándole al mismo tiempo que hablara lo menos posible. Recibió el papa á los peregrinos, y olvidándose de los consejos de su médico se puso á conversar animadamente con ellos. El doctor, para llamar su atención y para indicarle la conveniencia de que no se fatigara, tosió varias veces; León XIII, al principio se hizo el distraído, pero en vista de la insistencia de la tos, dijo á aquellos con quienes conversaba: «Dispensadme un momento y permitidme que ofrezca una pastilla al Sr. Lapponi, que me parece está muy acatarrado.»

Pero su bondad y su afabilidad no excluían una voluntad firme y enérgica; de ella dió patentes pruebas como delegado pontificio en el ducado de Benevento, en donde logró extirpar en poco tiempo las numerosas cuadrillas de bandidos que tenían aterrorizado á aquel país, y como arzobispo de Perugia, foco en aquel entonces del carbonarismo y de las sociedades secretas. A poco de haberse posesionado de este último cargo, supo que el papa Gregorio XVI quería visitar aquella ciudad, cuyos habitantes hallábanse muy disgustados con la Santa Sede. Una de las causas del disgusto era el hecho de que para llegar á Perugia había que remontar una cuesta muy empinada, lo cual alejaba de ella á los extranjeros con grave perjuicio de los perusianos. Pecci hizo un llamamiento á todos los hombres de buena voluntad, y al cabo de veinte días flanqueaba la colina un ancho camino carretero que se inauguró el mismo día de la llegada del papa, á quien los perusianos recibieron con gran entusiasmo. Tan sorprendido quedó Gregorio XVI de esta acogida inesperada, que hablando poco después con un prelado y haciendo alusión á su viaje por las provincias de sus Estados dijo: «En mi excursión he sido en algunos puntos recibido como fraile, en otros como un cardenal, pero en Perugia realmente me han

recibido como un soberano. Hay allí un delegado ciertamente superior. Me acordaré de él.»

Como nuncio apostólico en Bruselas, acreditóse de consumado diplomático, habiendo merecido, al cesar en dicho cargo para ir á ponerse al frente de la archidiócesis de Perugia, que Leopoldo I, muy apesadumbrado por su partida, le entregara con el gran cordón de su orden una carta autógrafa para el papa, en la que le manifestaba el elevado concepto que tenía del nuncio.

Todas estas cualidades admirables las demostró en su grado máximo cuando fué elevado al solio pontificio, logrando victorias tan grandes como las concesiones que obtuvo de los gobiernos de Rusia y Alemania en favor del culto y clero católicos, hallando soluciones conciliadoras y satisfactorias para la Iglesia en el conflicto que por las cuestiones de enseñanza se promovió en Bélgica, procediendo con maravilloso tacto en sus relaciones con los gobiernos radicales de la República Francesa y mereciendo el respeto y la consideración de todos los pueblos y de todos los soberanos, incluso de los países



ROMA. — LA ENFERMEDAD DEL PAPA. — I. La procesión del Viático dirigiéndose á las habitaciones del papa. II. El papa en el acto de recibir el Viático. (Dibujos de Amato.)

Las bellas artes le cautivaban, y en la contemplación de los maravillosos tesoros que el Vaticano encierra hallaba sumo deleite, como le hallaba escuchando fragmentos musicales en los conciertos íntimos que en sus habitaciones particulares se organizaban.

A estas prendas unía un carácter en extremo afable que le conquistaba desde luego las simpatías de cuantos tenían el honor de ser por él recibidos y tratados en la relativa intimidad que permitían su alta jerarquía y el escaso tiempo de que podía disponer para recepciones y audiencias particulares. Su temperamento jovial con sus puntas y ribetes de satírico se revela en muchas de las anécdotas que de él se cuentan.

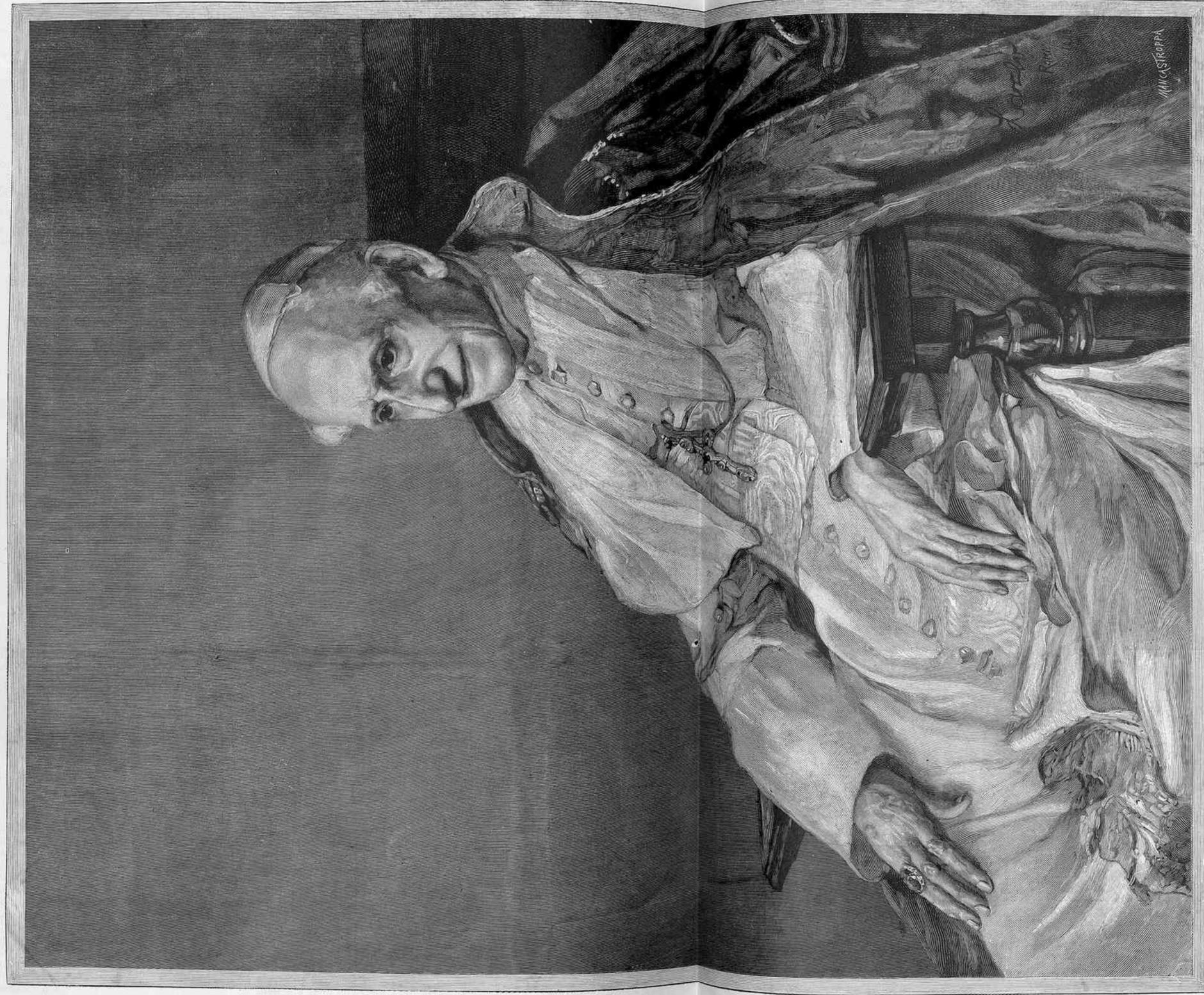
Un pintor italiano solicitó hacer su retrato, á lo que el papa accedió; terminada la obra, que resultó muy desgraciada y sin ningún parecido con el original, el artista suplicó á León XIII que escribiera algo de su puño y letra al pie de la misma. El papa copió en ella las palabras que el Evangelio de San Mateo pone en boca de Jesús cuando se apareció á

recibido como un soberano. Hay allí un delegado ciertamente superior. Me acordaré de él.»

Como nuncio apostólico en Bruselas, acreditóse de consumado diplomático, habiendo merecido, al cesar en dicho cargo para ir á ponerse al frente de la archidiócesis de Perugia, que Leopoldo I, muy apesadumbrado por su partida, le entregara con el gran cordón de su orden una carta autógrafa para el papa, en la que le manifestaba el elevado concepto que tenía del nuncio.

Todas estas cualidades admirables las demostró en su grado máximo cuando fué elevado al solio pontificio, logrando victorias tan grandes como las concesiones que obtuvo de los gobiernos de Rusia y Alemania en favor del culto y clero católicos, hallando soluciones conciliadoras y satisfactorias para la Iglesia en el conflicto que por las cuestiones de enseñanza se promovió en Bélgica, procediendo con maravilloso tacto en sus relaciones con los gobiernos radicales de la República Francesa y mereciendo el respeto y la consideración de todos los pueblos y de todos los soberanos, incluso de los países

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA



E. Laszlo pintó.

E. MANCASTROPPA grabó.

LEÓN XIII

NACIÓ EN 2 DE MARZO DE 1810 Y † 20 DE JULIO DE 1903

*Multis bellantibus adversus me :
Ego autem in te sperabo Deus meus :
20. 55.
Leo P. O. XIII.*

protestantes, muchos de los cuales le han rendido personalmente pleito homenaje visitándole en el Vaticano.

Este respeto y esta consideración se pusieron de manifiesto de una manera elocuente con motivo de los tres jubileos de León XIII, el sacerdotal, el episcopal y el pontificio, en los cuales recibió el papa numerosas peregrinaciones y valiosísimos presentes de todo el mundo, y con ocasión de su última enfermedad y de su muerte.

El pontificado de León XIII ha sido, no sólo uno de los más largos, sino también uno de los más gloriosos; la obra del papa que acaba de morir ha de ser de gran trascendencia y en ella habrá de inspirarse el que le suceda en el gobierno de la Iglesia.

No en vano dijo un prelado insigne, monseñor Irelaud: «La bondad y la inteligencia de León XIII forman como un gran faro que ilumina á todo el orbe cristiano.»

León XIII, indudablemente el más grande de los papas que podemos llamar políticos, deja á la Iglesia católica, á la Iglesia universal, más fuerte, más activa, más estrechamente enlazada con la vida de los pueblos que lo fué en el transcurso del último siglo bajo ninguno de sus predecesores. Solía decir que trabajaba para el porvenir y que él no hacía más que plantar los jalones de la obra que habrían de continuar sus sucesores; pero la Providencia, al concederle un largo pontificado, permitió que estos jalones se clavaran tan profundamente en el suelo, que ya nadie podrá arrancarlos.

El cardenal camarlengo, al golpear con el martillo de plata la frente del papa que acababa de fallecer y llamarle tres veces por su nombre, abrióle las puertas de la eternidad. En el cielo habrá hallado León XIII el premio á sus virtudes; también en la tierra perdurará su memoria; que figuras como las de este pontífice tienen reservado puesto eminente en los anales de la historia universal y viven al través de los siglos en la conciencia de la humanidad. — M.

NUESTROS GRABADOS

S. S. León XIII, estatua en bronce, obra del escultor Vicente Bañuls.—Cupo la suerte al ya distinguido escultor español Sr. Bañuls, pensionado en Roma, de obtener autorización del venerable pontífice que acaba de fallecer para modelar su retrato, cuyo resultado es la interesantísima estatua en bronce que reproducimos. En las dos ó tres audiencias que S. S. concedió al artista, pudo éste ejecutar una obra, que aparte de su mérito artístico, ha de considerarse como fidelísimo retrato, tal es su realidad y expresión. La circunstancia de haberse modelado recientemente, presta á la estatua doble interés, ya que ha de estimarse como uno de los últimos retratos del bondadoso pontífice. La obra fué ejecutada por especial encargo del vizconde de Porquiera, de Portugal.

Viejo artista, cuadro de Julio Boequet.

—Hay en esta obra lo que más importa cuando de figuras se trata, vida, expresión, movimiento y naturalidad; no se ve en ella la menor afectación y en cambio el rostro del viejo artista rodeado de luenga y blanca barba, sus ojos, su frente, respiran inteligencia, dejan adivinar la llama del genio. Tan expresivos resultan el semblante y la actitud, que casi permiten suponer cómo han de ser los cuadros del imaginado pintor; de fijo que en sus lienzos no encontraríamos la nota impresionista, el apunte abocetado, la composición producto de la fantasía, sino más bien la concepción reposada, la línea firme, el color justo; en suma, aquello que es resultado de profunda observación y meditado estudio. Este bellísimo cuadro forma parte de la importante galería que posee en esta ciudad D. Enrique Batlló, á quien damos las gracias por habernos autorizado para reproducir esta y otras joyas de su colección que sucesivamente iremos publicando.

El placer de la dicha ajena, cuadro de J. Hamza.—El autor de este cuadro ha sabido representar de una manera tan clara el pensamiento en que se ha inspirado, que la explicación del argumento resulta de todo punto innecesaria; porque ¿quién al ver á esa bella dama contemplando sonriente, satisfecha, á la enamorada pareja que cerca de ella y en pleno campo aparece amorosamente enlazada, no adivina á la madre cariñosa gozándose en la dicha de su hija que bebe las dulzuras de la luna de miel? Todo en esta obra produce una impresión encantadora en nuestro ánimo; lo mismo la tierna escena que ante nosotros se desarrolla que el paisaje primaveral que le sirve de marco, están admirablemente concebidos y combinados para que en nuestro corazón vibren las más delicadas fibras y para que nuestra alma experimente esa emoción que es la mayor prueba de que el artista ha estado acertado en la elección de tema y en la manera de trasladarlo al lienzo.

Dibujo de Gordon Browne para una edición ilustrada de las obras de Shakespeare.—Se ha publicado recientemente en Londres una edición ilustrada de algunas obras de Shakespeare, ilustrada por el notable artista inglés Gordon Browne. A juzgar por el dibujo que en la página 503 publicamos y en el cual se aprecian cualidades muy notables que acreditan á su autor de expertísimo dibujante, la presentación del libro es digna de la importancia del texto que contiene.

Eco y Narciso, escultura de Ricardo Garbe.—Cuando Eco, doncella criada y educada por las diosas, vivía con las Ninfas de las aguas, se enamoró de Narciso, el cual la desdén, huyendo entonces aquélla á esconder su vergüenza en los antros solitarios, donde el dolor y el despecho la consumieron. Su cuerpo se debilitó, evaporóse su sangre y sólo le quedaron la voz y los huesos, que tomaron la forma de una roca. A partir de aquel día no se la volvió á ver en las montañas, pero desde el lugar escondido y profundo en que se encontraba respondía á todos los que la llamaban. En esta leyenda mitológica se ha inspirado el notable escultor inglés Garbe para modelar el hermoso grupo que reproducimos, y en el cual son de alabar, así el sentimiento de la belleza de la línea del cuerpo humano, como la habilidad con que ha sabido enlazar las dos figuras en un grupo de admirable armonía.



S. S. León XIII, estatua en bronce, obra del escultor Vicente Bañuls

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—D. J. Llusá y Puig anuncia un concurso entre pintores españoles para premiar una serie de bocetos al óleo, sobre las siguientes bases:

- 1.^a El tamaño de los bocetos será de un metro de alto por setenta centímetros de ancho.
- 2.^a Los bocetos que opten al concurso deberán ser entregados antes del día 31 de diciembre del corriente año, siendo los gastos de envío de cuenta del remitente.
- 3.^a Los bocetos deberán ser entregados ó remitidos á D. Federico Rahola Tremols, calle de las Cortes, números 276 y 278, 2.^o
- 4.^a Los bocetos deberán inspirarse en algunos de estos asuntos:
 - I.—La libertad impulsando el progreso de los pueblos.
 - II.—La virtud radica en el trabajo y en el amor de sus semejantes.
 - III.—La repugnante trata de blancas, vergüenza de los pueblos civilizados.
 - IV.—La plaga de la usura.
 - V.—Los males del juego, desde la lotería á la baraja.
- 5.^a Podrá concederse premio á cinco bocetos, correspondientes á dichos cinco temas, concediéndose como premio al autor de cada boceto mil quinientas pesetas.
- 6.^a El Jurado se compondrá de tres pintores y de tres críticos, que serán designados con la debida anticipación, habiendo aceptado ya dicho cargo los Sres. D. Román Ribera y D. Federico Rahola.
- 7.^a Se hará público el fallo dentro de la primera quincena del próximo mes de enero y serán satisfechos los premios antes de finir dicho mes.
- 8.^a Se expondrán los bocetos en un local adecuado, exceptuando cualquiera que carezca en absoluto de condiciones artísticas, á juicio del Jurado.
- 9.^a Se reserva el derecho de fijar las condiciones y el precio mediante los cuales el autor del boceto podrá desarrollarlo en un cuadro que adquirirá el Sr. Llusá.
10. D. Juan Llusá Puig adquirirá la propiedad de los bocetos premiados, los cuales no podrán ser reproducidos ni desarrollados sin la autorización del mismo.
11. Los bocetos no deben ir firmados, ostentando tan sólo un lema, que será el mismo que se escriba en un sobre cerrado y lacrado, que contendrá el nombre del autor.
12. Los bocetos no premiados se devolverán á sus dueños el mes de febrero, mediante devolución del recibo que se entregará á la recepción.

* *

Teatros.—La conocida casa editorial de música de Milán Sonzogno se propone dar una representación de la ópera de Ponchielli *La Gioconda* en el patio del palacio ducal de Venecia.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Mariucha*, comedia en cinco actos de D. Benito Pérez Galdós, *Malas herencias*, drama en tres actos de D. José de Echegaray, y *Nerón*, drama trágico en cinco actos y en verso de D. Juan A. Cavestany; en Novedades *Le due coscienza*, comedia en tres actos de Rovetta; *Nozze borghesi*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus; *La legge del uomo*, comedia en tres actos de Pablo Hervieux; *Loute*, comedia en cuatro actos de Weber; *Nouveau jeu*, comedia en siete cuadros de Enrique Lavandán; *I giganti e i pigmei*, comedia en cuatro actos de Butti; *é I Corvi*, drama en cuatro actos de Enrique Becque; y en el Tívoli *La devoción de la cruz*, ópera española maestro Morera; y *El guardapiés del diablo*, opereta cómica en un acto, letra de los señores Cocat y Criado, música del maestro Pacheco.

* *

Necrología.—Han fallecido:

- Luciano Marc, director de la importante revista francesa *L'Illustration*.
- Ferencz Gisenhut, pintor húngaro, residente desde hacía muchos años en Munich.
- John Peter Lesley, notable geólogo americano.
- Luciano Marc, director de «*L'Illustration*» de París.
- Maximiliano Schasler, filósofo y estético alemán, autor de varias importantes obras de filosofía y crítica artística.
- Hugo Burgel, pintor muniquense, ex presidente de la Asociación de Artistas de Munich.
- Miguel Filippoff, escritor ruso, autor de varias obras filosóficas y pedagógicas.
- Monseñor Alejandro Volpini, cardenal, ex secretario de los Breves *ad principes*, recientemente nombrado secretario de la Congregación consistorial y del Colegio de Cardenales.



La señora Grebof estrechó á su hijo entre sus brazos

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

- Ya que de ello depende tu dicha, vete, hijo mío, contestó; Dios quizá me permita vivir lo bastante para volver á verte.

Boris cayó de rodillas ante ella; la idea de perder á aquella madre, tan profundamente querida, no se le había ocurrido jamás; y siempre había pensado que en el hogar que él se creara, cuando sus cabellos estuvieran ya grises, tendría junto á sí la cabeza venerable de la anciana, que habría llegado al extremo límite de la vida y estaría ya decrepita, pero siempre indulgente y serena, como la imagen de la bondad sobre la tierra.

- Madre, volveré, repitió con el corazón lleno de angustia; si se siente enferma, haga usted que me escriban dos letras y vendré en seguida. ¡Se lo juro á usted!

- No jures, dijo la piadosa anciana; jurar es un pecado, y el señor nos lo prohíbe. Prométeme que procurarás volver y esto me basta.

- Sí, madre, volveré, repitió en voz baja. ¿Quiere usted que me quede?

- No, marcha. Después de tantas penas, sentiré alegría inmensa si un día te vuelvo á ver dichoso y rico.

Decía esto sonriente, pero con los ojos anegados en lágrimas, y Boris le contestaba sonriendo también y sin dejar de estrechar su mano.

- ¿De modo que te vas mañana?, preguntó la madre después de un momento de silencio.

- Pasado mañana, temprano.

- Mañana rezaremos para que tengas suerte en tu viaje. ¿Cuándo te vas de Moscou?

- El viernes ó el sábado.

- ¿Me escribirás?

- En seguida que llegue y antes de partir.

- Muy bien. Cuando llegues allá, escíbeme una vez cada semana. ¿Tienes bastantes camisas?

- No lo sé, madre; supongo que sí.

- Allí tengo dos ó tres hermosas piezas de tela que guardaba para tu casamiento (Boris no pudo contener un suspiro), y con ellas, en un par de días, te haremos seis camisas nuevas. Espérame.

Y diciendo esto, cogió unas llaves y abrió un armario en el que buscó la tela deseada. Boris la miró

un horizonte de nieve, limitado por un cielo sombrío; pero ¡cuán dulces y caros le eran aquella humilde morada y aquel modesto horizonte! Su corazón estaba henchido á la vez de tristeza y de esperanza, y por encima de todo sentía un amor inexpressable por aquella madre tan cariñosa, á la que dejaba entregada á la soledad, cuando la vejez se acercaba á pasos agigantados. Se ocultó los ojos con la mano y sintió honda tristeza en el alma, como en sus días más penosos.

Un ligero ruido le hizo volver en sí, y se estremeció, creyendo que había sido sorprendido por su madre. No era ella, era Sonia que, cerca del umbral de la puerta, le miraba con los ojos llenos de lágrimas. Boris la había visto apenas desde que llegó y no la había dicho sino alguna que otra palabra. Aprovechando la ocasión se decidió á entrar en la sala y dijo:

- ¿Está usted triste, amo mío?

- No, contestó el joven mirándola con bondad. Cómo has crecido, hija mía.

No era esto exacto; pero su vestido largo llegaba hasta los tobillos, cubiertos por medias de gruesa lana gris, y sus pies pequeños ostentaban gruesos zapatos.

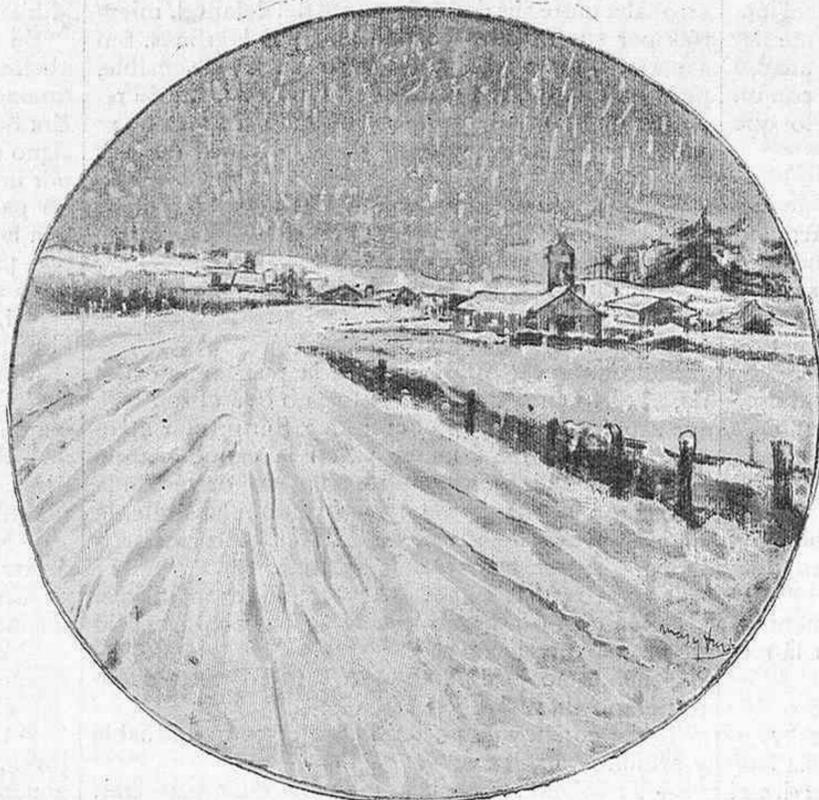
Siguió la mirada de su amo, que sonreía recordando el episodio de los zapatos, y dijo:

- Me ordenó usted que me pusiera zapatos y ya los llevo; cuestan un rublo de plata, y estas medias me las he hecho yo misma.

- ¿Tú misma?, dijo Boris. ¿Has aprendido?

- ¡Oh! He aprendido muchas cosas. También he hecho medias para usted, amo mío.

Sacó de debajo del delantal un enorme par de medias grises y las entregó á Boris, con el rostro cubierto de rubor y una sonrisa de triunfo modesto.



... que la nieve caía abundante...

revolver la ropa blanca, y luego se abstrajo pensando en su porvenir y en su pasado. La ventana, cerrada por un doble marco, no le permitía ver sino

— Están muy bien hechas, dijo Boris, que entendía poco en ello, y me abrigarán mucho durante el viaje. Gracias, hija mía.

— Seré yo quien arregle su cuarto, ¿no es verdad, amo mío?, repuso la niña cariñosamente. ¿Estará usted aquí muchos días?

— Hasta pasado mañana.

— ¿Nada más? Y ahora que sé coser y hacer calceta y muchas otras cosas, ¿no es verdad que me llevará usted a Moscou para servirle?

— Todavía no, contestó el joven riendo y suspirando a la vez.

La puerta del cuarto de la señora Grebof se abrió suavemente, Sonia se escapó como una golondrina asustada y la señora entró trayendo dos ó tres piezas de tela. Se conocía que había llorado, pero su rostro aparecía tranquilo. Su hijo apresuróse á librarla de su carga y la besó con efusión, y ella, devolviéndole su caricia, dijo:

— Es la voluntad de Dios. Dime ahora lo que tienes y lo que te hace falta; tengo ahorrados un centenar ó dos de rublos y no quiero que mi hijo llegue á la capital como un huérfano falto de todo.

XVII

Al anochecer, entrando en la habitación que iba á dejar por tan largo tiempo, Boris encontró á Sonia que le esperaba junto á la puerta.

— He venido á buscar los trajes de usted para limpiarlos, dijo á guisa de explicación.

Maquinalmente Boris se quitó la levita y se la entregó, y luego sentóse junto á la mesa donde de chiquillo estudiara y jugara tanto. Abstraído en sus pensamientos pasó largo rato, hasta que al cabo Sonia, tirándole suavemente de la manga, le hizo volver á la realidad.

— ¿Qué quieres?, preguntó.

Los ojos de la niña estaban dilatados y contraía su rostro una angustia salvaje parecida á la de los días más sombríos de su pasada existencia.

— Me han dicho que parte usted para un largo viaje, Boris Ivanovitch; ¿es verdad?

— Sí, contestó Boris, admirado de la voz ronca y breve con que hablaba la muchacha.

— Se lleva usted á la señorita.

— ¡Qué ideal! No, tonta! ¿De dónde sacas eso?

— Entonces... ¿ya no la ama usted?

— Eso no te importa.

— ¿Es verdad que estará usted dos años sin volver?

— Sí.

— ¿Y no quiere llevarme con usted?

— No puedo, hija mía, contestó Boris encogiéndose de hombros. Yo mismo no sé adónde me llevarán. No podré hacer lo que quiera, Sonia, añadió viendo la expresión asustada de la niña. Voy con un hombre muy bueno, pero no puedo hacer lo que quiero.

— ¿Parte usted por su gusto?

— Sí, para poder trabajar cuanto quiera.

Sonia bajó la cabeza y trató de reflexionar; pero el esfuerzo que aquello requería era demasiado grande, y renunció á hacerlo. Volviendo á su idea fija dijo:

— Lléveme con usted, amo mío. Ha prometido no abandonarme.

— No te abandono, contestó Boris un poco impaciente; pues te dejo con mi madre, y ésta supongo que no te maltrata.

— ¡Oh, no! ¡Se parece tanto á usted!

Boris se echó á reír.

— No, no es lo mismo, dijo Sonia con obstinación. Quiero mucho á Varvara Petrowna; pero quiero ir con usted.

— No puedo llevarte, dijo Boris severamente y desesperando de llegar á hacer comprender la realidad á aquella niña.

No sabiendo cómo componérselas añadió:

— ¡Mira cuán pequeña y delgaducha eres! ¿Podrías ir á lavar la ropa, llevar agua y subir leña hasta un cuarto piso? ¡Ya ves que no podrías servirme!

Sonia, desalentada, echó una triste mirada sobre su flaca persona y sus menudas manos.

Después de un rato de silencio, y en tanto que Boris la miraba con el rabillo del ojo, dijo Sonia:

— Y cuando seré alta y fuerte, ¿me llevará usted?

— Sí, contestó el joven con gran seriedad; pero

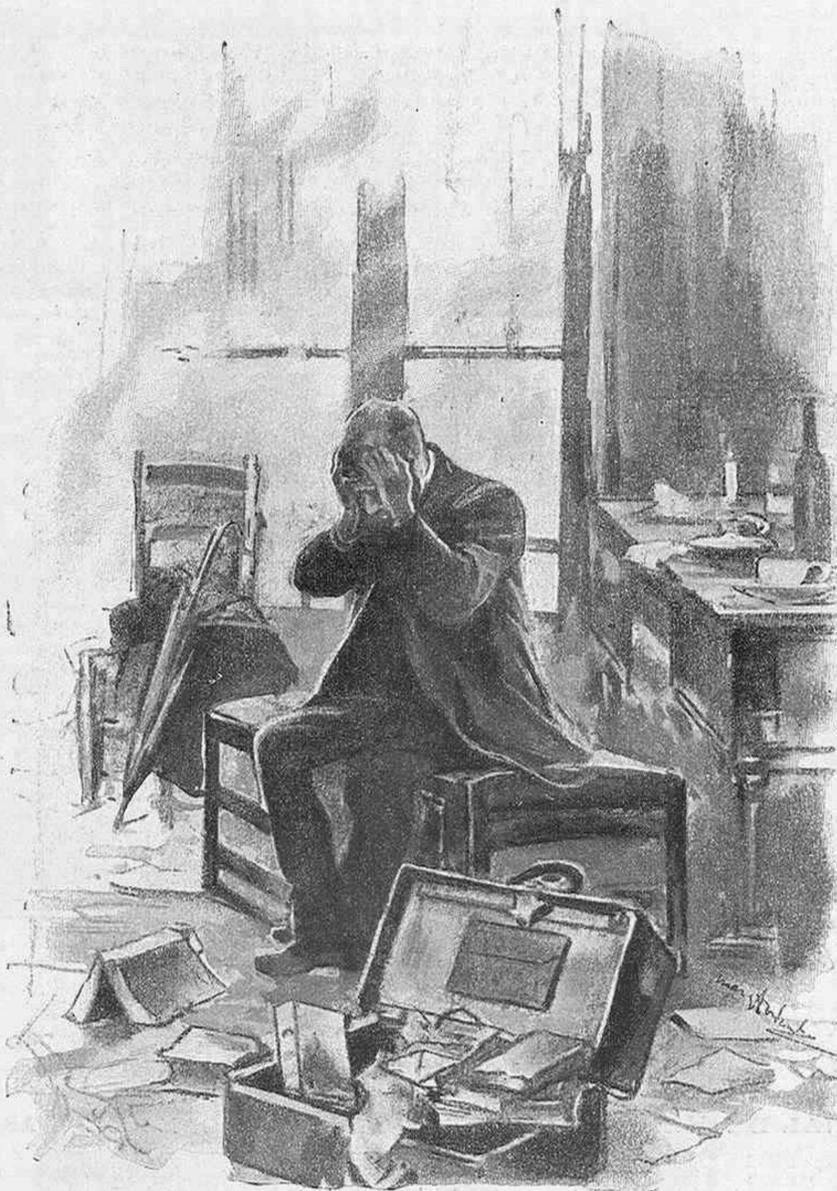
para eso será preciso que sepas repasar la ropa, guisar, lavar...

— Ya lo sé hacer, contestó alzando altivamente la cabeza.

— Y otra porción de cosas que ahora no se me ocurren, dijo Boris.

— Cuando lo sabré todo, ¿me llevará usted?

— Será necesario también que sepas vivir en paz



Boris se sentó en una maleta...

con todo el mundo, añadió el joven con tono severo, pues me han dicho que siempre te peleas con alguien, y en esta vida no basta servir á los amos, sino que es preciso vivir en paz con los camaradas.

Sonia guardó silencio; con la cabeza inclinada arrollaba entre sus dedos la punta del delantal, mientras por sus mejillas corrían amargas lágrimas. Sin saberlo, Boris acababa de herir su fibra sensible, pues las criadas, sus compañeras, no cesaban de repetirle que no podría servir á un amo si antes no se acostumbraba á soportar los caprichos de sus iguales.

— Procuraré hacer como me dice usted, murmuró después de un corto silencio; y cuando sea obediente, ¿me llevará con usted?

— Sí, dijo Boris, pero estoy cansado y es tarde; vete á dormir.

— Buenas noches, amo mío.

Solozando cerró suavemente la puerta; pero Boris, absorto en sus pensamientos, no oyó el ruido de sus zapatos nuevos en el corredor. Sin prestar atención á ello, se iba á meter ya en la cama, cuando llegó á sus oídos un suspiro ahogado detrás de la puerta. Se adelantó sin hacer ruido hacia ella, la abrió suavemente y vió, tendida en el corredor, á Sonia, que lloraba con toda su alma.

— ¿Quieres irte á acostar?, preguntó levantándola. Sonia cogió la mano que la sostenía y la cubrió de besos y de lágrimas.

— ¡Oh, amo mío! ¡Amo tanto á usted y estaré tanto tiempo sin verle!

Boris, conmovido por aquella afición entrañable y profunda, exclamó:

— Ya volveré, y entonces me verás cuanto quieras.

— Si algún día pudiera servirle...

— Sí, me servirás, si quieres ser una muchachita buena y obediente.

— Haré cuanto me ordene usted...

— Pues bien; acuéstate en seguida, duerme, y mañana por la mañana, á las siete, traéme una taza de

leche bien caliente. Como en otro tiempo, ¿sabes?

— Sí, amo mío, dijo la niña medio consolada.

Y desapareció en el corredor.

El siguiente día pasó rápida y lentamente á la vez; y al otro, Boris no sabía, al levantarse, si había transcurrido un año ó un día desde su regreso al campo; mas no tardó en acordarse de que había de partir nuevamente para Moscou y se apresuró á vestirse.

Al cabo de un instante presentóse su madre, seria, pero resignada y en algunos momentos casi sonriente; su vigilante actividad lo había previsto todo, y más adelante, en sus viajes, Boris tuvo ocasión de bendecir la mano que había previsto sus menores necesidades.

Cerráronse los baúles repletos de ropa, y el cura de la aldea asistió á la comida de despedida y rezó la oración de los viajeros.

Poco después el trineo se detuvo ante la puerta de la casa: había llegado el momento de partir.

La señora Grebof estrechó á su hijo entre sus brazos, le bendijo llorando y casi sin voz. Boris oía sólo como un murmullo entrecortado, pero jamás aquellas palabras se apartaron de su imaginación: «Acuérdate de tu madre; acuérdate de que, desde hace veintidós años, tú eres el único fin de su vida y su única alegría, y que sólo ha vivido teniendo una idea fija: hacer de ti un hombre honrado é inteligente; acuérdate de que tu madre está pronta á dar su vida para asegurar tu dicha, pero que preferiría enterrarte con sus propias manos á verte deshonrado.»

Boris comprendió todo eso y nada contestó; pero su respuesta no por ello fué menos elocuente, pues la oyó aquel corazón que latía junto al suyo.

Boris se despidió de los criados, y no viendo entre ellos á Sonia, encargó á su madre que le despidiera cariñosamente de la huérfana, y salió al vestíbulo, bien envuelto en pieles y rodeado de todos los de la casa.

La nieve caía en grandes copos, blancos como plumas de cisne, y se depositaba en el suelo cubierto ya por nevadas anteriores. Los campesinos se habían reunido en el patio para despedirse de su amo; Boris paseó su mirada sobre aquella multitud, en la que tampoco estaba Sonia, por lo que el joven, algo inquieto, volvió á recomendar la muchacha á los demás criados, y besando por última vez á su madre, sentóse en el trineo y se descubrió para despedirse de toda aquella gente.

Su madre le echó su bendición, y el trineo pasó con lentitud la puerta y se deslizó velozmente sobre la blanca nieve.

En una revuelta del camino, cerca del bosque de abetos, una oscura forma se dibujaba, medio transformada en estatua por los copos que la cubrían. Era Sonia que, de pie en medio del camino, hacía signo de parar al cochero. Con la cabeza cubierta por un pequeño pañuelo, temblando de frío y con un paquetito en la mano, estaba allí desde hacía una hora.

— ¡Sonia!, gritó Boris contento y conmovido de verla allí; te he buscado por todas partes.

— Lléveme con usted, amo mío, se lo ruego, dijo la pequeña con voz suplicante; seré muy obediente.

Mientras hablaba fijaba sus ojos profundos en los de su amo, tratando de persuadirle por la insistencia de su ruego.

— Haré cuanto quiera usted. No reñiré con nadie. Estoy dispuesta para marchar; ya lo ve usted, ¡lléveme!

— No puedo, hija mía, ya lo sabes; vuelve aprisa á casa que hace frío.

— Adiós, amo, exclamó con voz doliente; haré cuanto me ha dicho usted.

— Y entonces te llevaré conmigo, contestó alegremente Boris.

— ¿De veras?

— De veras, si continúas deseándolo, añadió el joven, que pensaba que con el tiempo le pasaría aquella manía.

Las manos heladas y rígidas de la niña avanzaron para coger la de Boris, quien se inclinó hacia ella y le besó los cabellos, salpicados de finísima nieve.

Sonia se apartó para dejar pasar el trineo.

— ¡Hasta la vista!, gritó Boris volviéndose.

— ¡Dios guarde á usted!, respondió ella.

El trineo siguió su marcha; pero hasta la próxima revuelta, Boris, volviéndose de trecho en trecho, pudo advertir á través de la nieve, menos espesa ya, la obscura forma de la huérfana en el mismo sitio en que la había dejado.

Mientras seguía el camino de Moscou, Sonia volvía á casa.

— ¿De dónde sales?, díjole Dacha al verla. Te hemos estado buscando y el amo ha partido sin que te hayas despedido de él.

— Ya le he visto y nos hemos despedido, respondió la muchacha.

— ¿Dónde?

— En el camino.

— ¿Y no podías despedirle aquí como todos nosotros?

Sonia no respondió, bajó la cabeza y se puso á trabajar. Todas las criadas, una tras otra, le dirigieron el mismo reproche, pero no lograron hacerle perder la calma.

— ¡Qué extrañeza!, exclamó á la hora de la cena la lavandera, que no podía ver á Sonia. Una chica que en seguida se pone hecha una furia, y esta noche parece un corderillo.

Sonia seguía callada: todas las miradas volviéronse hacia ella.

— ¿Por qué no te enfadas?, le preguntó la lavandera.

— Porque el amo me lo ha prohibido.

Desde aquel día la muchacha aguantó sin chistar las impertinencias de las criadas más maliciosas; y como en aquella bendita casa nadie tenía mal corazón, no tardó en reinar la paz en torno de la paciente y resignada tristeza de la señora Grebof.

A su llegada á Moscou, el viernes por la tarde, Boris encontró en su casa la contestación del príncipe. Le aguardaban ya, y había de partir cuanto antes, al día siguiente, si le era posible. Aquella carta contenía además una cantidad considerable «para gastos de viaje,» según decía Armianof.

Después de haber pasado una parte de la noche en poner sus papeles y sus libros en buen orden, Boris se echó á dormir algunas horas. A las diez de la mañana siguiente salió de su casa, y después de entrar en una joyería para comprar dos sortijas de desposorio, se dirigió hacia la iglesia del Bienaventurado Basilio, donde debía encontrar á Lidia.

El corazón latía fuertemente cuando entró bajo las bóvedas, pues algo parecía decirle que aquel momento precedía á una separación suprema, por más que su espíritu se negaba á creerlo.

Por otra parte, la sortija que iba á poner en el dedo de Lidia sería entre ellos un nuevo lazo que les uniría y que, constantemente, hablaría á la joven de su novio.

XVIII

Los oficios divinos acababan y Lidia no parecía. Devorado por su impaciencia, Boris salió dos ó tres veces á la plaza; luego exploró la iglesia en sus rincones más oscuros, pero en vano.

Salieron los chantres, después el sacerdote, algunos fieles que aún quedaban se dispersaron poco á poco, y por último el sacristán apagó los cirios, dejando arder únicamente ante cada imagen la lámpara que nunca debe extinguirse.

Boris salió lentamente con el corazón henchido de amargura y angustia. Pensó que quizá hubieran sorprendido á la joven impidiéndole que saliera ó que quizá estuviera enferma; después se convenció ya de que esta entrevista que le escapaba era irreparable, y que sólo podría ver á Lidia á su vuelta.

Pensando en que acaso le habría escrito y que le habría mandado la carta á su casa, corrió á ella sin detenerse un segundo.

El aspecto de su cuarto era triste, como lo es siempre una habitación momentos antes de emprender un viaje. Los muebles fuera de su sitio, los libros esparcidos aquí y allá, algunos vestidos de deshecho, una taza de te medio vacía, papeles por el suelo, el desorden, en fin, de una habitación en que ya no se ha de dormir más, todo eso le causó una impresión fúnebre; le pareció que de allí iban á llevarse un cadáver y que aquel cadáver era él, envuelto en su desesperación como entre los pliegues de un sudario.

Interrogó á la mujer que le servía y luego á la

patrona de la casa; pero ambas le dijeron que nadie había ido á preguntar por él, ni habían dejado ninguna carta.

Boris se sentó en una maleta, se apretó la cabeza entre las manos y se preguntó con desesperación qué partido había de tomar.

— No puedo partir sin verla, se dijo resueltamente; voy á pasear por su calle, y por más que la hayan

Arregló sus cosas, anunció á la patrona que pasaría aquella noche en Moscou y salió resuelto á no regresar á su casa sin haber visto á Lidia ó sin haber hecho lo posible por verla.

La noche llega pronto en el mes de diciembre; fría niebla empezaba á caer sobre la ciudad envuelta en sombras; el encargado de encender los faroles pasaba de uno á otro reverbero sin apresurar el paso y poco á poco la bruma se iluminaba con lejanas claridades.

Boris se levantó el cuello del gabán, se caló la gorra hasta los ojos y fué á colocarse frente á la casa donde habitaba Lidia.

Transcurrieron dos horas sin que se presentara nada para favorecer su empresa; era la hora de la comida y todas las habitaciones de la casa permanecían herméticamente cerradas. Boris no sentía hambre, ni en aquel momento le hubiera conmovido sensación alguna: con la mirada fija en la puerta cochera, aguardaba impertérrito á que se le ofreciera algún recurso para lograr el objeto que allí le había llevado.

Después de mucho tiempo de espera, vió salir apresuradamente á Dounia, la camarera de Lidia; el joven la detuvo por el brazo de modo tan brusco, que Dounia no pudo contener un grito.

— Cállate, le dijo; soy yo, Grebof. ¿Qué hace tu ama?

— Va esta noche á una reunión y voy á buscar un abrigo á casa de la modista; llevo mucha prisa y no puedo detenerme, respondió con brusquedad la criada echando nuevamente á andar.

— Necesito verla, ¿comprendes?, repuso el joven poniéndole en la mano un billete de diez rublos.

Dounia tomó el billete, le dió las gracias muy cortésmente y prosiguió su camino en tanto que reflexionaba acerca de la proposición que le acababan de hacer.

— ¿Cuándo marcha usted?, preguntó la camarera á Boris.

— Mañana en el tren correo.

— Iremos á despedirle á la estación, dijo en seguida la ingeniosa Dounia deslumbrada por el sonrosado color del billete; en las salas de espera se reune mucha gente y no será notada nuestra presencia.

— Está bien, exclamó Boris, que se calmó de repente. Pero te advierto que si no vais no partiré y será cuestión de nunca acabar: no saldré de Moscou sin haber visto á la señorita Lidia, aunque para ello tenga que verla ante sus padres. ¿Cómo se encuentran?

— ¡Ah, señor!, en todo el día no ha podido librarse de una jaqueca horrible, dijo Dounia en tono patético; ayer, á pesar suyo, la obligaron á ir á un baile; lloró mucho al pensar que no podía ver á usted, pero ahora se va á poner muy contenta.

Boris se sintió libre del peso que desde la mañana oprimía su corazón.

— ¿Dices que ha llorado?

— Todo el día, sí, señor... Aquí está la casa de la modista. Vaya usted temprano á la estación; nosotros estaremos una hora antes de la salida del tren. Buenas noches.

Entró la camarera en una casa y Boris, henchido el corazón de esperanza y al propio tiempo de remordimientos por la desconfianza que había sentido, se marchó á su casa, comió con buen apetito, y durmió por espacio de doce horas.

Mientras Dounia peinaba á su joven ama, le refería el encuentro que acababa de tener en la calle, sin hacer mención, por supuesto, del billete de diez rublos, é insistía en la necesidad de cumplir, al día siguiente, la promesa empeñada.

— ¿Por qué se lo prometiste?, dijo Lidia ruborizándose; ayer me aconsejaste que no volviera á ver á Boris Ivanovitch, y esta noche conciertas con él una entrevista...

— Pero, señorita, respondió la astuta criada, si dijo que no se marcharía de Moscou sin haber visto á usted, aunque tuviera que venir aquí. Con un loco como ese es necesario transigir.

— ¡Cuánto me ama!, murmuró Lidia pensativa.

Recordaba en aquel momento las horas pasadas en el campo á la sombra de los grandes árboles y recordaba con ello los besos ardientes y la adoración apasionada de Boris.

(Continuad.)



Mientras Dounia peinaba á su joven ama...

encerrado, encontrará seguramente medio de hacerme una seña ó de hablarme.

Se vestía ya para salir, cuando entró el cartero. Boris se precipitó á su encuentro y casi le arrancó de la mano la carta que traía, y encerrándose en su cuarto abrió el sobre temblando; la carta llevaba la fecha del día anterior por la noche.

«Querido Boris — escribía Lidia — voy á un baile y no volveré á casa hasta las cuatro ó las cinco de la mañana. Ya comprenderás, pues, que no podré levantarme mañana para ir á la iglesia. Además de que estaré rendida de fatiga, mis padres extrañarían que me levantara tan temprano. No podré, por consiguiente, despedirme de ti, lo que me apena mucho; te deseo buen viaje y muchas felicidades.»

Al llegar aquí debió de haber reflexionado mucho la joven, pues un ancho espacio quedaba entre estas últimas palabras y las líneas siguientes.

«Querido Boris — continuaba, — espero que todo saldrá á medida de tus deseos y que serás dichoso; me acordaré toda mi vida de los hermosos días que hemos pasado juntos en el campo, y te ruego que no los olvides mientras estés en el extranjero. Escríbeme cuanto hagas y piensa en tu

»LIDIA.»

Aquella carta cayó de manos de Boris, que la dejó en el suelo.

«Ha ido al baile, pensó, y no ha podido encontrar un pretexto para poder dejar de asistir; no la veré más. Ella dormía en tanto que yo me consumía de rabia esperándola... ¡No me ama!»

Paseábase febrilmente por su cuarto y tropezaba como con fruición en los objetos esparcidos aquí y acullá por el suelo. Se lastimaba con los ángulos de los muebles, pero no sentía el daño, ó por mejor decir, el dolor le era agradable, pues desvanecía por un momento la horrible tortura que sufría.

— En fin, partamos, dijo al cabo en voz alta.

Miró el reloj; la hora del tren había pasado.

— Partiré mañana, se dijo, y de aquí á entonces podré verla.

TRANSMISIÓN TELEGRÁFICA

DE LAS IMÁGENES

La electricidad nos permite transmitir con la rapidez del rayo nuestros pensamientos de un extremo á otro del mundo; pero esto no es bastante, sino que hemos querido oír la voz de las personas queridas á pesar de las distancias y hemos realizado este atrevido ensueño merced al teléfono, el más sorprendente y el más misterioso de los inventos humanos.

Sin embargo, aún queremos más: nuestra voluntad de ir cada día más adelante nos hace desear la visión de los espectáculos que se desarrollan lejos de nosotros y que nuestros ojos no pueden contemplar á causa de la distancia.

Tal es el problema que se han planteado muchos inventores y que han estudiado larga y pacientemente; y como nuestros ojos, aun armados de los más potentes instrumentos ópticos, son incapaces de ver en tales condiciones, ha sido preciso recurrir á otros medios.

El problema quedaría muy simplificado si nos contentáramos con enviar á grandes distancias una imagen, fotografiada anticipadamente, de los personajes y de los objetos que nos rodean.

En este sentido, el padre Caselli, reanudando los experimentos de Blackwell, creó en 1859 un curioso aparato, el pantelégrafo, por medio del cual transmitía como un simple despacho telegráfico dibujos y autógrafos, medio de correspondencia de que pudo servirse el público.

En el aparato Caselli, una punta metálica, atravesada por una corriente eléctrica, oscila tocando



Transmisión telegráfica de las imágenes. - Fig. 1.

permite también la transmisión á distancia de las imágenes previamente fotografiadas. Este ingenioso aparato se basa en las propiedades especiales del selenio: este cuerpo simple, muy parecido al azufre, tiene muy poca conductibilidad eléctrica, pero ésta puede aumentar en grandes proporciones cuando se le ilumina más ó menos fuertemente.

Esta notable propiedad, descubierta en 1873 por Willouhyby Smith, ha permitido ya numerosas aplicaciones; en los cambios que la luz determina en la conductibilidad del selenio se han basado los fonos y los radiófonos.

El aparato del profesor Korn se compone, en la estación de salida (fig. 4), de un cilindro de cristal hueco A A que gira sobre su eje moviéndose paralelamente á la dirección de éste; sobre este cilindro transparente está fijada la película negativa. Los rayos luminosos emitidos por el foco S son condensados por una lente B B en un punto de la prueba negativa que atraviesan y van á dar sobre la pila de selenio D D colocada en el interior del cilindro.

Una corriente eléctrica P, que pasa por la pila de selenio, cuya conductibilidad se modifica á cada instante bajo la acción de los rayos luminosos más ó menos intensos que recibe, sigue el alambre de la línea F hasta la estación de llegada.

En este punto la corriente atraviesa un galvanómetro de Arsonval G que tiene una aguja fina de aluminio l ; en b hay un tubo al vacío análogo á un tubo Geissler completamente ennegrecido, salvo en el extremo inferior, que presenta una ventanita C dispuesta sobre un cilindro giratorio a cubierto de una película fotográfica sensible.

Cuando el galvanómetro se mueve bajo la acción de la corriente muy débil transmitida por la línea, los extremos encorvados de la aguja, m^1 , m^2 , se aproximan ó se apartan de una pieza metálica f^1 , lo cual permite á las corrientes de alta frecuencia (corrientes de Tesla) iluminar el interior del tubo al vacío b . Las radiaciones luminosas se escapan por el orificio c y la prueba así transmitida es reproducida punto por punto en una imagen positiva.

La limpieza de esta imagen podría ser igual á la del negativo si la concentración del foco S en C fuese un punto sin dimensión; pero como esta concentración es necesariamente una pequeña mancha circular, su diámetro limita la limpieza de la imagen, como se puede ver en las pruebas de las figuras 1, 2 y 3 obtenidas por Korn, que damos como muestras.

El ingenioso aparato que acabamos de describir no resuelve, como se ve, más que una parte del problema, puesto que sólo permite transmitir una prueba de antemano preparada. Es permitido esperar que próximamente se realizará un gran progreso y que la imagen de una cámara oscura impresionará la película sensible sin necesidad de ser previamente fotografiada; pero esta imagen, que se reproducirá siempre por trazos sucesivos, será sólo una interpretación incompleta de la naturaleza y no recibiremos más que imágenes negras y blancas que nos transmitirán sucesivamente el aparato.

Esto ya es mucho, pero no es lo bastante, porque quisiéramos, á pesar de la distancia, ver desarrollarse ante nuestros ojos una escena animada y realzada por todo el brillo de sus colores naturales, tal como la vemos en el cristal opaco de la cámara oscura.

¿Disponemos actualmente de los recursos necesarios para resolver este problema? ¿Nos da la ciencia medios para ello? ¿Será, por el contrario, preciso recurrir á una nueva forma de la energía, aún desconocida, cuyo descubrimiento nos permitirá llegar á la meta tan ardientemente deseada? Difícil es contestar á estas preguntas; sólo el porvenir podrá darnos la respuesta.

El aparato que el profesor Korn, de Munich, ha presentado últimamente á la Academia de Ciencias

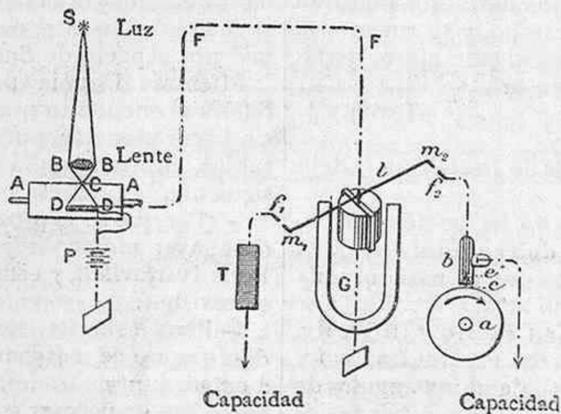
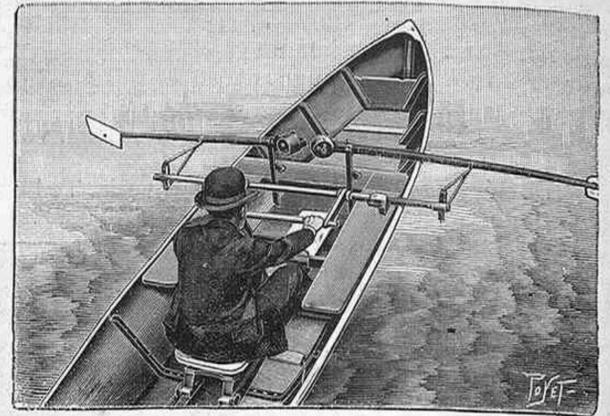


Fig. 4. - Esquema del dispositivo Korn



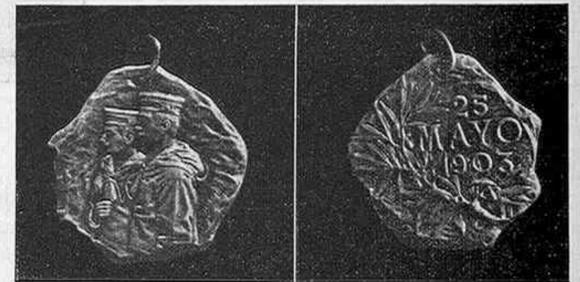
Nuevo sistema de remos

NUEVO SISTEMA DE REMOS

Aunque el deporte náutico ha perdido bastantes adeptos en provecho de la bicicleta, no por esto es menos interesante y curioso conocer los dispositivos que pueden inventarse para sacar el mejor partido del motor humano en la propulsión de las embarcaciones.

Tal es precisamente el fin que se propone un inventor de Macón, M. Mutin, jefe de sección al servicio de la compañía P. L. M. Observando el grabado que reproducimos se verá que el remador con este aparato mira á la popa del barco; esta posición tiene muchas ventajas desde el punto de vista de la dirección del barco. Las paletas de los remos, que son de hierro galvanizado, ligeros y de forma muy apropiada, están equilibradas por contrapesos que bastan para asegurar su inmersión en el momento deseado, al propio tiempo que reducen su peso al mínimo. Los dos remos además están conjugados por un volante sobre el cual obra el remador y que transmite por consiguiente la acción del mismo. El sistema de que depende el volante está montado en ruedecitas que se mueven sobre los dos bancos laterales paralelos al eje del barco, lo cual forma camino de rotación para el volante y significa mayor peso á sostener.

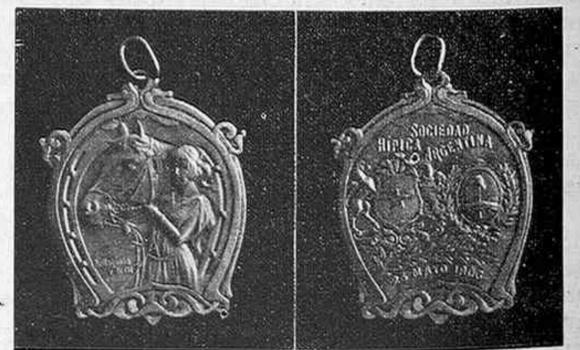
La unión entre el volante y los remos ataca á



Medalla acuñada por disposición del Ministro de Marina



Medalla de la Sociedad Hípica Argentina



Medalla de la Sociedad Hípica Argentina repartida en las fiestas del Carrousel Militar REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - Medallas acuñadas por la casa Bellagamba y Rossi, conmemorativas de las fiestas celebradas en honor de la delegación chilena.

L. CAILLET.

éstos por su brazo mayor de palanca; el remador, de espaldas á la proa, puede de este modo atraer hacia él los remos cuando están sumergidos en el agua, y por consiguiente rema hacia adelante. Los remos presentan en su parte superior un eje vertical y otro horizontal que les permiten un doble movimiento; un dispositivo especial, por otra parte, el medio de arreglar la inmersión.

Además de la barra de maniobra que el remador tiene entre las manos, vemos dos brazos que unen esta barra con una traviesa más larga que se llama barra de oscilación y en cuyos extremos lleva cada una una biela articulada que está también unida al remo.

El remador, al apoyarse en la barra de maniobra hace girar parcialmente la gran traviesa alrededor del eje de las ruedecillas y hace salir bruscamente los remos del agua; cuando deja de apoyarse, rechazando la barra, los remos vuelven á caer en el agua. Entonces tira de la barra y por consiguiente atrae los remos sumergidos y asegura la propulsión del barco. — D. B.



Dibujo de Gordon Browne para una edición ilustrada de las obras de Shakespeare

nos que con su visita á la capital de la República Argentina han puesto el sello solemne al pacto de confraternidad entre ambas Repúblicas. En honor de sus huéspedes, los bonaerenses dispusieron grandes festejos, en los que tomaron parte todos los elementos sociales, deseosos de probar palpablemente que se habían desvanecido por completo los recelos que un día separaron á los dos pueblos hermanos.

Para conmemorar esta visita la conocida fábrica de los Sres. Bellagamba y Rossi acuñó las medallas que en la página anterior reproducimos, y acerca de cuyo mérito artístico nada hemos de decir, porque en varias ocasiones hemos elogiado cual se merecen los productos de esa casa que ha

elevado á gran altura el arte de la acuñación y la industria de fundición de bronce.

De las tres medallas, una fué acuñada por disposición del Ministerio de Marina; las otras dos lo fueron por encargo de la Sociedad Hípica Argentina para distribuir las en el gran Carrousel militar por ella organizado. — X.

REPUBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES
MEDALLAS CONMEMORATIVAS DE LAS FIESTAS
EN HONOR DE LOS DELEGADOS CHILENOS

La ciudad de Buenos Aires ha acogido con grandes muestras de entusiasmo á los delegados chile-

PUBLICACIÓN NOTABLE

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

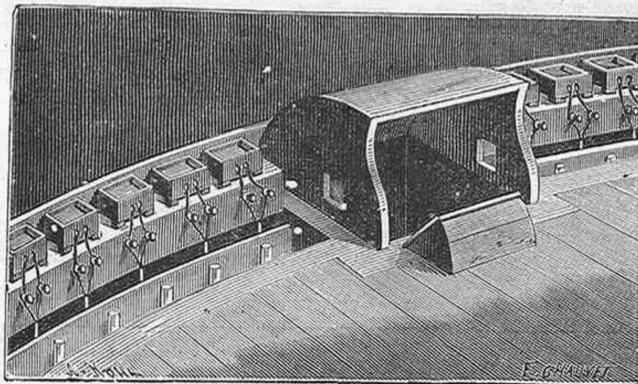
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO,
ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona.



Muestra de los grabados de la obra. — Audiciones telefónicas teatrales

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra. Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Glorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los *Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES* para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Dúo, por *Sebastián Gomila*. - Esta novela del reputado escritor y querido colaborador nuestro Sr. Gomila forma parte de la colección de «Novelitas Vulgares,» tiene un argumento interesante, cuyo desarrollo se ajusta á las tendencias modernas, es decir, atendiendo principalmente al elemento psicológico, y está escrita en lenguaje castizo y en un estilo vigoroso que armoniza perfectamente con el asunto que le sirve de base. Editada en Barcelona por don Antonio López, se vende á una peseta.

HISTORIAS DE PÁJAROS QUE PARECEN DE HOMBRES, por *Félix de Aramburu*. - Componen este tomo doce composiciones del conocido poeta ovetense señor Aramburo, á cual más delicada y bella: son otras tantas historias de pájaros, como dice el título, cortas, muy cortas, pero llenas de sentimiento, y todas con algo y aun algo de provechosa enseñanza. Avaloran el texto 114 ilustraciones, algunas de ellas originalísimas, de Ruy y G. L. Cherón. Mas no son estas las únicas excelencias del libro; reúne éste otra circunstancia que le hace digno de especiales elogios, y es la de haber sido costeada la lujosa edición del mismo por un verdadero amante de la infancia, deseoso de contribuir al mejoramiento de la condición intelectual de los pequeños: D. Francisco Cepeda, que así se llama tan filantrópico editor, destina exclusivamente el primoroso tomo como premio á los niños estudiosos de las escuelas de Navia, su villa natal, y pueblos circunvecinos; dando con ello un ejemplo que debieran imitar los que con medios suficientes podrían, con algo de buena voluntad, prestar un buen servicio á obra tan eminentemente civilizadora como es la educación de la niñez.

POR LOS PIRINEOS, por *D. José Puigdollers y Maciá*. - A modo de impresiones de viaje, nárnanse en este hermoso libro los incidentes de una excursión realizada por el autor al valle de Arán, rincón de la región catalana poco conocido y digno de ser estudiado. Quien lea la obra á que nos referimos experimentará el deseo de conocer cuanto se describe, ya que en forma clara, sencilla y asaz agradable danse á conocer las belle-

zas que el país encierra. Avaloran el libro preciosas vistas fotográficas y buenos grabados, dispuestos con el mejor gusto por el Sr. Abarca, constituyendo el conjunto una galana manifestación editorial digna de conservarse, aparte de su mérito literario. Véndese en todas las librerías al precio de 3'50 pesetas cada ejemplar.

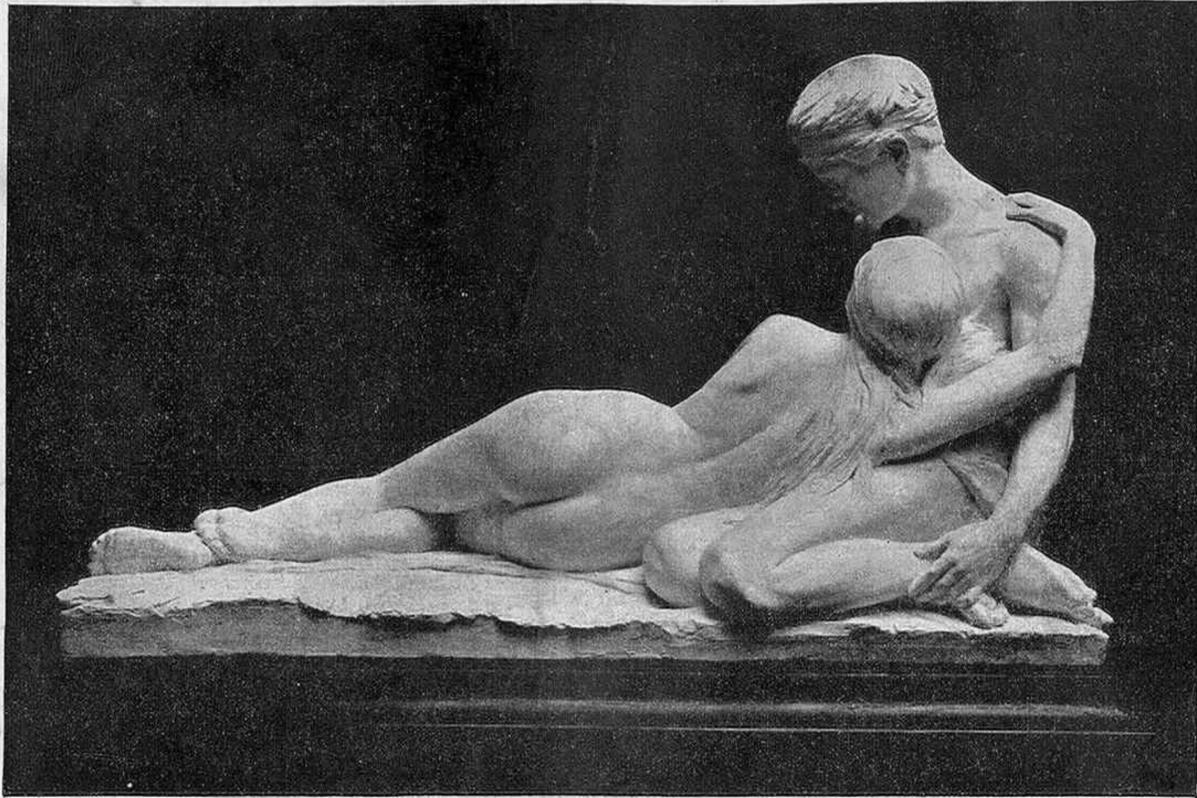
Sr. Pérez Petit demuestra poseer un espíritu observador y analítico muy digno de estima, recomendándose además el libro por la galanura del lenguaje, circunstancia que aumenta su atractivo.

SOL DE MEDIA NOCHE, por *María Corelli*. - Aunque parezca un tanto sugestivo el título de la bonita novela de la distinguida escritora inglesa María Corelli que han publicado los Sres. Appleton, de Nueva York, pulcramente vertida á nuestro idioma por Alfredo Elías, preciso es convenir que se ajusta perfectamente á la índole y tendencia de la obra, en la cual obsérvese desde luego el tino y maestría de la autora al armonizar lo real con lo fantástico, fundiendo, en cierto modo, dos tendencias opuestas. Por otra parte, las descripciones, tipos y situaciones interesan y deleitan.

ANTROPOMETRÍA, por *don Telesforo Aranzadi*. - Al examinar esta obra que acaban de publicar los Sres. Sucesores de Manuel Soler, llama desde luego la atención la claridad y precisión de los conceptos, expuestos de tal suerte, que sin esfuerzo puede hacerse cargo el lector de la utilidad y conveniencia de una rama que tan señalados servicios presta y que tan notable desenvolvimiento ha adquirido. Véndese al precio de 1'50 pesetas cada ejemplar.

AGRONOMÍA. - por *D. Aurelio López Vidaur*. - Debido al ilustrado catedrático don Manuel Soler un nuevo volumen, de notoria utilidad, que avalora indudablemente la colección de manuales que vienen publicando. La reconocida competencia de su autor nos releva de hacer encomios de la obra; esto no obstante, nos creemos obligados á aplaudir la labor realizada y á recomendar el libro, ya que resulta una obra de vulgarización digna de ser conocida. Véndese al precio de 1'50 pesetas cada ejemplar.

DE LA VIDA, por *R. Suriñach Sentles*. - Las composiciones del inspirado poeta catalán Sr. Suriñach reunidas en este tomo respiran sinceridad y revelan los más delicados sentimientos; su rasgo característico en cuanto al fondo es la sencillez; la forma es armoniosa y espontánea. Leyéndolas, se adivinan en ellas el alma y el talento de un verdadero poeta. Impreso por Fidel Giró, en Barcelona, véndese el libro á 2 pesetas.



Eco y Narciso, escultura de Ricardo Garbe

EL LIBRO DE LOS AFLIGIDOS, por *D. Juan de Dios F. Hurlado*. - Inspirado en la más sana moral cristiana, constituye el libro un acopio de pensamientos para fortalecernos cuando los sinsabores y la desgracia nos afligen, expuestos con sencillez y de manera que pueden servir para alentarnos, evitando el decaimiento moral. Editado en esta ciudad por don Gustavo Gili, véndese á tres pesetas.

LOS MODERNISTAS, por *Victor Pérez Petit*. - Bajo este título acaba de publicar el distinguido escritor uruguayo Víctor Pérez Petit un interesante libro que contiene una colección de semblanzas y estudios de Hauptmann, Tolstoi, Nietzsche, Verlaine, D'Annunzio, Ruben Darío, Mollarnié, Stvindberg, Yakchakof y Eugenio de Castro, trazados de modo que han de estimarse como verdaderos retratos, ya que en ellos se refleja de modo admirable su personalidad y significación. El

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES etc.
 B-St-Denis

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la
 entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite
 dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANJOL DE LOS JORET-HONOLLE
 CURA
 LOS DOLOROS, REÍARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F. G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLON DUSSER. 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN